

01055
1981
Aceptada

[Signature]
Agosto 27-81

ENIGMA DE LA IDENTIDAD MESTIZA.

01055
1981

María ZALCE DE LOZANO.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

1981



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

1.

El ser humano se formula a sí mismo innumerables interrogantes a lo largo de su historia. La mayoría de ellas se refieren a la inquietud que tiene al plantearse los más agudos problemas de su existencia, o sea aquellos que atañen y abordan el "sentido de la vida", así como la búsqueda de la verdad. Verdad que es una variable, de acuerdo con el momento histórico que se vive, así como la visión o el planteamiento que se hace el "investigador de la verdad".

Dicho investigador-filósofo ha dado respuestas que pertenecen a un momento particular del desarrollo del ser humano. No es lo mismo plantearse el mismo problema o la misma interrogante en una época histórica que en otra, puesto que el pensamiento y el método organizador de ese pensamiento estaba siendo influenciado por todo aquello que ocurre en la Humanidad en ese momento determinado.

Las preguntas relevantes que el individuo se dirige, en cuanto a su vida, su existencia, su trascendencia, su modo de ser, su razón de ser, le han llevado a la necesidad de encontrar respuestas que satisfagan su inquietud, aún mínimamente y de construir una estructura de pensamiento que cumpla con la función de proporcionarle un grado de tranquilidad y serenidad para poder enfrentarse a su propia vida.

Las diferentes respuestas corresponden a los diferentes momentos de la Filosofía y entre las preguntas fundamentales empieza a destacar la de ¿Quién soy?

Esta cuestión, objeto de estudio de la Filosofía básicamente, y la pregunta específica sobre la identidad de uno mismo cobra particular importancia situada en un período histórico que arbitrariamente señalamos como correspondiente a los siglos

2.

XVIII, XIX y XX.

Los siglos XVIII y XIX para la Historia y el pensamiento occidentales, son de enorme importancia ya que de ellos nace de manera directa y no por mera consecución cronológica, la época Contemporánea.

Los descubrimientos en las Matemáticas, en la Física, en la Biología, Psicología Y Economía conducen al avance imaginado de la Ciencia y como consecuencia de las respuestas que la nueva Ciencia aporta, los pensadores en todas las áreas se ven obligados a plantear y replantear viejos problemas dentro del encuadre que el avance del conocimiento conlleva.

Los logros de la Ciencia contribuyeron de modo dramático al desarrollo de la Técnica y estos cambios y avances condujeron al hombre a verse como algo más que un siervo de fuerzas externas a él y a la vez a absterse cuidadosamente dentro de una perspectiva que rebasara lo individual y lo colocara en lo social.

Aparece el ser humano racional, aquel "que tenga el valor de servirse de su propia razón" (Kant). Surge bien perfilado el pensamiento que dirige al ser humano más a la actividad, un qué hacer, que a la contemplación sobre el Ser. Cobra conciencia no solamente de su enorme capacidad racional sino de cómo implementar su raciocinio en una actividad que nace de sí mismo y que lo acerca a un intento transformador del mundo y de las ideas.

No hubo de someterse a la necesidad de los hechos naturales. Se le abrieron alternativas de filosofía de acción y por ende de liberación de la conciencia. Tal vez ya su conciencia empezó a pertenecerle, no como una abstracción motivo de estu-

3.

dio, sino como una realidad instrumentable, dirigida hacia los procesos activamente transformadores, puesta a su servicio, tanto para la comprensión de los hechos y las ideas, como para la transformación de ambos.

Junto con estos cambios en el pensamiento filosófico y en combinación con el avance de la Ciencia y su producto directo, la Técnica, surgió claramente la presencia de una nueva clase capitalista y burguesa, que en tanto afirmó su posición, relegó a la aristocracia y señaló los rumbos de las Artes, las Letras, la Arquitectura. Los gustos y necesidades de esta clase, en cuyas manos empezó a concentrarse el poder, chocaron con las posiciones anteriores y como resultado de este encuentro, se abrieron nuevos caminos. Se vio establecida una lucha contra las ideas tradicionales, así como una búsqueda de una nueva comprensión de la Historia Natural, haciéndose críticas fundamentales a la Sociedad y a la Religión.

Todo en este Hombre, el Hombre de ese momento, lo impelió a la actividad, al progreso y a apoyarse en su razón, principio activo por excelencia.

El impulso orientado al progreso y a la transformación trajo aparejado el desarrollo de la Nueva Era Industrial y el pensamiento económico cobró una importancia más allá de una mera concepción matemática y abstracta de la Economía lo que permitió se le volubrarera como un asunto básicamente humano.

Esta nueva óptica de las cosas en tantos campos, aparentemente diversos, pero todos producto del pensamiento y la razón humanas, favoreció la aparición de un movimiento importante en el campo de las ideas políticas y sociales. Movimiento realmente

4.

revolucionario, descondonado al enfrentarse la tradición monárquica con el liberalismo moderno. La tolerancia y la democracia iniciaron su aparición, como resultado de todas las contradicciones generadas frente a lo tradicional, estático, inmóvil e hipocritico.

El fermento de la época fué dando pábulo a multitud de expresiones en el pensamiento filosófico. Surgieron los empiristas ingleses Berkeley y Hume, Rousseau y Kant en el XVIII, así como Fichte, Hegel, Marx Comte, Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche, etc. por mencionar a los más destacados del XIX. Fué seguramente en ese siglo XIX en el que, en definitiva, se inició el acercamiento al problema del Hombre en tanto ser dinámico, social, siempre insertado dentro del proceso histórico, en movimiento y progresivo.

Este paso desembocó en la incorporación plena de la Historia como elemento indispensable para la comprensión del Hombre y del mundo. La entrada del ser humano a la Historia y la presencia del método de las ciencias físicas y naturales, se haría manifiesta en todos los pensadores de la época. El Hombre fué entonces concebido como un ser que "se desarrolla en la materia misma de la Historia". (Xirau, R. Introducción a la Historia de la Filosofía.)

La gran mayoría de los pensadores de ese momento fueron materialistas y entendieron la historia del Hombre como partícipio del Hombre mismo. No se aceptó nada trascendente, por consiguiente, surgieron las filosofías eminentemente humanistas del siglo XIX.

La afirmación del Hombre como centro del pensamiento, em-

pezó a subrayar la necesidad de definir al ser humano en términos individuales y sociales y cobró particular relevancia la identidad del sujeto en tanto individuo y en tanto miembro de un grupo que comparte no solamente la historia de la especie, sino la perteneciente a ese grupo en particular.

Hegel, como hombre de su tiempo, se abocó a encontrar un método que explicara el movimiento, planteando una filosofía en movimiento, para comprender una realidad física y espiritual que también se encuentran en movimiento. Su método, que es el método dialéctico, no solamente pretende explicar la acción en la Lógica, en la Naturaleza y en el desarrollo del espíritu, sino que también es una filosofía explicativa de la Identidad.

"La conciencia constituye el grado de reflexión o de relación del espíritu consigo mismo, en tanto que fenómeno." (1)

La conciencia resulta ser la identidad consigo mismo. Esta identidad, basada en la conciencia de sí mismo, construye la espiritualidad del espíritu, para Hegel. Y solamente por medio de esta autoconciencia se aproxima a la posibilidad del conocimiento objetivo y universal. En un principio, el hombre debe tener conciencia de sí y saberse uno consigo mismo, es decir, tener una identidad psicológica, para poder conocer y reconocer al mundo exterior. O sea, que el Yo se conoce a sí mismo sólo por el hecho de que se distingue del No Yo. El conocimiento del No Yo resulta esencial para el conocimiento del Yo y no se pueden dar el uno sin el otro. Así, el autocoocimiento se encuentra vacío de contenido si es que el Yo no incluye el No Yo. Visto por el otro lado, Hegel muestra que el No Yo es nada sin el Yo, ya que sin el Yo que lo pueda conocer, el No Yo - que por defini-

6.

ción en aquello que se distingue del Yo - no podría ser.

Desde el punto de vista de la experiencia humana, aquello que es el No Yo se refiere a los eventos que llamemos Historia y que puedan ser conocidos por el Yo.

Seguindo a Hegel, el Yo consciente es indispensable y fundamental en todo conocimiento. Toda conciencia es autoconciencia, ya que no se puede conocer algo sin estar consciente del hecho de que somos capaces de conocer. Concluye que la autoconciencia es un todo dentro del cual están todas las demás formas de conciencia. De manera que "el ser humano es humano solamente en tanto logra imponer su existencia en el otro para ser reconocido por él". (2)

El método dialéctico fue desarrollado y transformado más tarde por Marx, quien enfatiza que no se trata su aproximación de una aplicación lógica de la dialéctica hegeliana para comprender la Historia y de allí llegar al conocimiento, sino que debaba situarse el fenómeno por estudiar dentro de los términos concretos de la Historia humana.

Si para Hegel, la fuerza impulsora del proceso dialéctico se encontraba en el desarrollo de las ideas mismas, para Marx, las ideas solamente pueden existir en la mente de los individuos, de los seres humanos. Por ende, la piedra angular de su pensamiento es el Hombre. El hombre en sus relaciones con los demás hombres, siempre dentro del contexto de un momento preciso limitado por los términos de la Historia humana.

Esta relación entre el ser humano y el mundo natural, la comprende no como un fin en tanto el conocimiento, no como pensamiento puro y abstracto o como especulación sobre el Universo,

7.

sino como una necesidad que tendrá que satisfacerse con la meta precisa de transformar al mundo y a sí mismo, o sea todo aquello que es del dominio humano. Las fuerzas que ponen en movimiento a la dialéctica marxista son materiales y no son, como para Hegel, las ideas.

Su enfoque materialista le llevó a dividir a los filósofos en aquellos que piensan que la mente es lógica y cronológicamente anterior a la materia a quienes llama idealistas y a aquellos que creen que la materia antecede tanto lógica como cronológicamente a la mente, quienes en consecuencia, son materialistas.

Marx es materialista, pero a diferencia de otros filósofos materialistas no se interesa en permanecer discutiendo el asunto, sino afirma que el conocimiento y el pensamiento en cualquier situación no es en abstracto y que el objetivo de todo conocimiento tiene un sentido cuando tiene como fin la acción del ser humano sobre la realidad, con miras a transformarla. Dicha transformación no es ni automática ni mágica, sino culmina como resultado de su propio esfuerzo, realizado con su acción concreta y humana. Para él, no basta con comprender e interpretar el mundo sino que se habrá de transformar.

Las contradicciones en la Historia señaladas por Hegel, son ciertas, dice Marx, pero se equivoca al pensar que esas contradicciones son abstractas y meramente intelectuales. Hegel ha hablado de la idea de la historia, pero no de la Historia humana, la de la vida real.

A lo largo de su obra Marx repite que los hombres no han podido comprender la Historia humana porque viven cortados y se-

rados del mundo real y en consecuencia cortados y separados de sí mismos y de los demás. En tanto el hombre divide artificialmente y hace una abstracción entre pensamiento y acción no le es posible comprender la realidad humana. Puntualiza que no puede haber ni pensamiento ni conocimiento sin acción, y vice-versa. Cuando esto sucede, esta división que aleja la acción del hombre de las cosas que él mismo ha creado, es decir, de sus obras, se encuentra en situación de estar alienado o enajenado. La obra del sujeto, la cosa que ha creado y resultado de su acción, es vivida como externa y alejada, resulta que no le pertenece pero llega a ejercer sobre él un poder que lo esclaviza, en tanto le otorga las manifestaciones de su propia potencialidad. Esto sucede porque no establece la liga entre aquello externo como resultado de su propia acción.

El ser humano se sabe esclavo de la experiencia de la angustia, la confusión y la intensa soledad que conoce desde mucho antes de que el término alienación fuera acuñado por Hegel. Tiene antiquísimas raíces religiosas y se perfila como problema que interesa de manera particular a la Filosofía, primeramente con el mismo Hegel, quien considera la objetivación tanto de la naturaleza como de los objetos, como una situación en la que al crear algo el ser humano se perdiere en aquello que ha hecho.

Para Hegel el ser humano vive en un mundo que a pesar de haber sido moldeado por medio de su trabajo y su conocimiento, ya no le pertenece sino que es un mundo extraño y ajeno, que se rige por sus propias leyes y que frustra la vida humana.

Feuerbach da una explicación de este fenómeno en tér-

9.

minos religiosos señalando que la gente proyecta lo mejor de la naturaleza humana en la divinidad, quedando así despojado de esas cualidades, por ende de lo más preciado de su humanidad. En consecuencia para que esta alienación pueda ser trascendida, tendrá el individuo que retomar aquellos atributos que ha conferido a la divinidad.

Esta visión se revela diferente de la solución hegeliana, al ser el hombre quien crea a sus dioses y no el Absoluto o Dios.

Marx abunda sobre el problema dentro de la corriente de Feuerbach, pero profundiza y se aboca a exponer la razón por la cual se presenta la condición de existencia despojada, de existencia rechazada y alejada, y responde dentro de un marco de pensamiento económico-filosófico que se inició en 1844 y permaneció como una preocupación central a lo largo de su obra.

Como primer paso, logró desenmascarar la forma económica que realmente tiene la enajenación. Devolvió al trabajador, al ser humano que trabaja, como una mercancía dentro de la maquinaria económica. Abordó el problema a partir de la condición alienada del trabajo asalariado, en que el individuo se descubre alejado y extrañado del producto de su fuerza de trabajo. Se ha visto colocado de modo fragmentado y distanciado de su creación, a la vez que de sus compañeros y obviamente de sí mismo. Resulta que al través de su actividad, el ser humano transforma al mundo para satisfacer sus necesidades, y en el proceso crea a la Civilización. Pero en un momento particular del desarrollo social, el sistema económico lo convierte a él en una mercancía, en una cosa, y es usado como un medio para los fines de otros, ya no para los suyos propios.

Una vez desenmascarados estos factores, llegó al conocimiento de que este fenómeno no es una tensión o una contradicción inherente a la existencia humana, ni una frustración inevitable e invencible, sino la resultante de la interacción con un sistema económico que lo coloca como un "juguete de fuerzas alienadas." ("La devaluación del mundo humano aumenta en relación directa con el aumento de valor en el mundo de las cosas. El trabajo alienado no sólo crea objetos, sino que también se produce a sí mismo y al trabajador como mercancía y en la misma proporción en que produce objetos.") (3).

La identidad misma de la persona se ve involucrada en tanto el producto de su fuerza de trabajo, su obra, le otorga su existencia, su ser. En primer lugar en tanto lo designa como trabajador y en segundo como la certificación de su existencia como sujeto físico. Se encuentra enajenado de su actividad física y no solamente del producto que ha creado. Así, su actividad la vive como ajena a sí mismo, una fuerza que en realidad no le pertenece. Una fuerza que ya ni siquiera siente como originándose dentro de sí mismo, sino independientemente de él. Una inmensa fuerza hostil, destructiva, que lo deja sojuzgado, impotente y esclavo. Este aspecto de la alienación no es ya la alienación de la cosa o del objeto creado, sino se trata de la alienación de sí mismo.

Esta autoalienación con su carga de profunda angustia provocada por la sensación de no ser, se amplía. Ya no sólo se trata de la alienación de sí mismo, de su cuerpo y su actividad, sino del resto de los seres humanos, de la naturaleza y de la especie misma.

La conciencia de sí mismo, la posibilidad de relacionar-

11.

se consigo mismo se ve mutilada en virtud de que el hombre se sabe existir solamente en relación al otro. De manera que la enajenación amenaza de posibilidad de ser dueño de esta conciencia que le ha sido arrebatada, al igual que su cuerpo y su pensamiento. Un despojo de tales dimensiones no resulta algo trivial ya que se trata de lo verdaderamente humano del hombre.

Frete a todo lo anteriormente señalado, resulta comprensible la importancia dada al tema no sólo por Marx, sino por un sinfín de pensadores humanistas quienes recalcan la absoluta necesidad de que el hombre luche versus la alienación para poder implementar la realización de todas sus potencialidades humanas. En ellos el concepto de la trascendencia se refiere justamente a trascender la alienación, a superar la fuerza que conduce a la despersonalización y a la deshumanización.

Con el fin de desentrañar las raíces ocultas que han conducido al hombre a la enajenación, es indispensable situar históricamente los orígenes del sistema. El movimiento de la Historia no es una imposición de la Divinidad o de un espíritu absoluto, ni de un proceso dialéctico dentro de la materia misma, sino que surge de la actividad de los seres humanos en el proceso de satisfacer sus necesidades naturales y sociales. Cada período histórico va generando un marco complejo de relaciones sociales que trae consigo un sistema de derechos y obligaciones, una estructura política, marcos teóricos de referencia con respecto a las ideas, la filosofía, la religión, los principios éticos. Marcos organizados en doctrinas que tienen como función proporcionar y modelar al tipo de individuo que cada época histórica va requiriendo para un mejor funcionamiento de esa so-

ciudad en particular.

Al aparecer en escena las primeras manifestaciones del nacimiento del Capitalismo (siglo XV), hubieron de sorcambadas las perspectivas éticas y religiosas en virtud de las cambiadas necesidades económicas. Es decir, la nueva clase de negociantes y el auge del comercio, se vieron obligadas a repudiarse las limitaciones impuestas por los gremios y la Iglesia. Los recién emergidos manufactureros y mercaderes no podían permanecer siendo obstaculizados por códigos de conducta, - éticos y religiosos - , que habían enmarcado la economía localista, limitada y regulada, de la Edad Media.

La ideología católica y la unidad lograda por la Iglesia Universal, cedieron el paso al surgimiento del espíritu del Capitalismo con su claro énfasis individualista. Esta perspectiva se ajustaba bien a la nueva ética Protestante, en la cual se subrayaba la responsabilidad individual, no colectiva, de cada sujeto frente a su Creador. De esta manera se fueron consolidando paulatinamente, siempre dentro de un proceso, el cambio en las relaciones sociales, el cambio del sustrato económico y el nacimiento de los nuevos ideales prevalentes. Estos últimos fueron de una avergadura tal, que las personas se mostraron dispuestos incluso, a morir por ellos. Tanto más a vivir dentro de ellos. Estos ideales y valores llegaron a ser representativos orgullosos de lo más noble de la Sociedad y su Civilización. No se redujo su expresión exclusivamente a este nivel, sino se puso de relieve la expresión de la nueva ideología lo cual culminó en la creación de la mentalidad de un época.

La concepción del mundo lograda a través de la capacidad intelectual de los hombres, de su búsqueda de respuestas a interrogantes constantes maduró en la construcción de modelos que desembocaran en respuestas satisfactorias. Correlativamente, cada nueva respuesta iba planteando una serie de nuevos problemas que habrían de dilucidarse. Cada paso de avance en la satisfacción de la curiosidad e inquietudes intelectuales obliga al hombre a cuestionar su método de aproximación a la realidad y a abrir en mayor grado su juicio crítico y su afán de investigar. Aquella verdad a la que creía haber llegado, repetidamente solió caer estrepitosamente ante un hallazgo nuevo. Al reconocerlo y examinar críticamente la causa de su derrumbe, se inició en la mente un cambio que se tradujo en el abandono de viejas fórmulas y modelos de pensamiento y categorías que en una época habíanse concebido como inmutables y absolutamente ciertas.

Una ideología tiene la importante función de darle al grupo, en tanto miembro y como individuo, una sensación de finalidad y pertenencia. Invariablemente todo modelo de relación social trae aparejado su tipo especial de hombre, quien reconoce y recoge como ciertas las premisas que lo llevan a aceptar la autoridad de la organización social. Este fenómeno se logra al través de poner en juego un sistema de racionalizaciones que avalen los valores que el grupo propugna. Entre más inteligente y sofisticada la situación, tanto más encubierta se encuentra la raíz definitoria de las categorías. El individuo

va conformándose en aquel que necesita la sociedad para su funcionamiento eficiente, el que hace suyos los valores, las creencias, el pensamiento del momento y que acepta el papel que le es designado desempeñar. Cumpliendo con esto, se evita el dolor lacerante de ser marginado o lanzado al ostracismo en caso de verse expulsado por el grupo. La necesidad interna de aceptado y el miedo a la soledad alcanzan una estatura tal, que acriticamente se conforma el individuo al modelo deseado, perdiendo la conexión directa con su derecho a investigar quién es verdaderamente y qué tan lejano se le ha colocado conocer su identidad, que ya arrebatada le sume en el terreno de la enajenación de su misinidad. Si no se hace el cuestionamiento del por qué de esta condición, se va perdiendo cada vez más de sí mismo y acercándose, por consiguiente, a la definición grupal que lo clasifica dentro de las categorías que la ideología construye tan rigurosamente.

La autoalienación, esa sensación de sentirse ajeno a sí mismo, de no ser, es una contradicción que al juzdizarse reclama su necesaria solución, ya que el ser humano no puede permanecer totalmente alienado y guardar su salud mental. NÓ le es posible permanecer indefinidamente como extraño a sí mismo sin caer en la patología mental grave.

El Psicoanálisis en su intento como disciplina científica de llegar a la verdad más profunda de la vida psíquica, necesariamente hubo de interesarse de manera directa en las - fuerzas que permiten o impiden al ser humano ser consciente de sí mismo, de sus límites, de sus posibilidades y de los obstáculos subjetivos enraizados en el inconsciente, que suelen mutilar el proceso dinámico dirigido a satisfacer una necesidad humana vital, tal como es la de tener una identidad auténtica y genuina.

En tanto el pensamiento psicoanalítico se limitó al - conocimiento de las fuerzas intrapsíquicas encuadrándolas dentro del modelo libidinal estrictamente ortodoxo-freudiano, no se comprendió la trascendental importancia de colocar al individuo en el marco social concreto de la sociedad y cultura en que le toca vivir.

Paralelamente a los nuevos eventos, los problemas psicopatológicos en el transcurso del proceso histórico, han ido - cambiando de etiología, y si bien es cierto que lo sexual reprimido fuera en algunos sujetos el elemento central en los trastornos neuróticos, no es menos cierto que en cuanto los valores en el área de la sexualidad de una sociedad Victoriana fueron rebasados, surgieron nuevos conflictos que han asumido y comparten el papel de agentes causales en las neurosis. De aquí que pretendamos enfatizar el cómo la perspectiva de Freud, uno de los grandes investigadores y revolucionarios de la Historia, - quien valientemente encaró los tabúes ancestrales, se encontró inevitablemente encadenado a la ideología dominante de su época, así como ésta, en tanto hubieron cambios en la correlación de

fuerzas del momento, cambió la estructura ideológica, abandonando antiguas prohibiciones y creando nuevas.

En las sociedades Capitalistas contemporáneas, una de las necesidades del sistema social es impedir que el individuo llegue a asumir plenamente su identidad y a cambio haciéndole creer que es quien la sociedad reclama para sus propios fines. El choque de esta necesidad externa, sumamente fuerte con la necesidad humana de saberse ser uno mismo, se viene a manifestar y reflejar en una conducta neurótica de mayor o menor intensidad.

Con el fin de definir nuestras categorías, el término neurosis lo colocamos dentro del marco teórico de la Escuela psicoanalítica encabezada por Fromm, en la cual la definición articula individual y socialmente al hombre, de manera que el individuo sano es aquel que tiende a alcanzar el grado máximo de desarrollo de su misividad, encaminado al encuentro armónico de la persona consigo misma sin tener que sacrificar la integridad e independencia de su ser individual. Solamente en el remoto caso que coincidieran los matos propios del sujeto con las de la estructura social específica, se vería favorecida esta respuesta, quedando asentada la congruencia verdaderamente humanística entre el individuo y la colectividad. Desafortunadamente, el planteamiento se encuentra insertado dentro del reino de lo ideal y de ninguna manera corresponde a la realidad histórica hasta el presente. Dado que esta correspondencia no es una realidad actual, las vertientes individual y social se separan y aquella persona que se defiende y lucha por mantener su núcleo de misividad, representaría al sujeto neurotizado.

rótico o "sano", aunque su conducta resultare poco adecuada o ajustada al prototipo aceptado. Paradójicamente resulta más sano aquel que se conflictúa con ese mundo social y aún más, aquel que haga síntomas patosomáticos, que el sujeto bien adaptado y por ende de seguro más enajenado al modelo en boga.

Se colige por lo anteriormente expuesto, nuestra afirmación que el problema de la identidad y su enajenación compete insoslayadamente al psicoanálisis, tanto en su aspecto terapéutico como en el de instrumento de investigación de la realidad.

Para Freud, el Yo es una instancia psíquica cuyo papel es el de ser un mediador entre la persona y las exigencias del mundo exterior, pero cuya autonomía se encuentra supeditada a la de otras dos instancias psíquicas que son el Ello y el Super-yo. El Yo tiene que oponerse a las pulsiones del Ello y a la vez quedar bien con las exigencias y órdenes del Super-yo. "Como ser frontera el Yo intenta actuar de intermediario entre el mundo y el Ello, hacer que el Ello obedezca al mundo y hacer que el mundo, gracias a la acción muscular, se adapte al deseo del Ello." (S. Freud; Das Ich und das Id.)

El Yo tiene su origen, dice Freud, partiendo del Ello en tanto éste tiene contacto con la realidad exterior, así como del resultado de identificaciones que conducen a la formación de un objeto de amor dentro de la persona misma.

La identificación se refiere al proceso psicológico por medio del cual se interiorizan características y atributos de otro con el fin de convertirse el sujeto, total o parcialmente en el modelo que se copia. Siguiendo el pensamiento de Freud, la personalidad se constituye mediante una serie de identifi-

caciones y el sujeto humano se constituye al través de este mecanismo. Debe quedar claro que la identificación no es una mera imitación, sino que en ella se toca un elemento inconsciente común entre el que se identifica con, y el que se adopta como modelo.

El Yo no es igual a la conciencia puesto que el Yo es en gran parte inconsciente y se comporta como todo aquello reprimido, definiendo conciencia como la claridad de la mente frente a lo inconsciente. Goza, consecuentemente de mecanismos conscientes e inconscientes de defensa, cuya finalidad son el evitar que el sujeto se confronte con aspectos reales de su verdadera constitución que le resultan censurables, de acuerdo con aquellos preceptos que se han hecho regidores de su conducta y que Freud localiza en la instancia del Super-yo. A saber, la conciencia moral que surge de la introyección de la figura del padre, entendiéndose por esto, la interiorización de las prohibiciones y exigencias parentales, cuyas funciones son básicamente de crítica y de censura.

Para Freud la estructura del carácter se consolida de manera inconsciente como resultado de la sublimación o de la formación reactiva. Dentro de su teoría se trata de un mecanismo de defensa que reacciona en contra de las pulsiones o instintos, lograda através de la función del Super-yo al ligar la energía libidinal y las fuerzas ciegas del Ello, de manera tal, que el Yo las acepte sin mayor detrimento y conflicto, ya que no configuren una amenaza para su relación con el mundo exterior. La comprensión del carácter la plantea, al igual que los síntomas y la neurosis, en términos de las vicisitudes de la libido.

En etapas posteriores, surgieron teorías del carácter - cuyo objetivo se dirigió hacia la comprensión del mismo, en términos fuera de los libidinales. Las más relevantes, a nuestro juicio, son las de Wilhelm Reich, Harry S. Sullivan, Karen Horney, Erik Erickson y Erich Fromm.

Es Wilhelm Reich quien por primera vez recalca y comprueba la importancia de la influencia de los factores sociales como generadores de las neurosis y del carácter. Sostiene que el carácter no es solamente la consecuencia de defensas - conscientes e inconscientes, sino que en sí puede funcionar y, de hecho funciona, como una defensa y que su análisis y comprensión es un paso necesario en virtud de que los conflictos profundos subjetivos son expresados a manera de rasgos neuróticos caracterológicos. Por medio de su técnica de atacar las resistencias caracterológicas, abre la puerta a la comprensión de la estructura caracterológica y por consiguiente a una aproximación más justa y adecuada encaminada al descubrimiento de la verdadera identidad de la persona. A la vez, señaló la relación íntima y dialéctica entre las fuerzas sociales y carácter, señalando la importancia que tiene el carácter como puente ideológico que une a la estructura psíquica con la estructura social.

Harry S. Sullivan, en su teoría del sistema del Self, - incluye un perfil de tipos de personalidad y de actitudes habituales, que pretenden ser indicadores de la descripción de la persona. Para Sullivan, el sistema del self -del Yo mismo, se configura por una serie de rasgos que han sido aprobados - por figuras significativas en la vida, fundamentalmente durante la infancia.

te la niñez. Aquello no aprobado, se ve bloqueado en su percepción consciente, y en tanto inconsciente, no llega a tener acceso al sistema del Self. Difiere de Freud en que enfatiza y subraya lo que sucede en las relaciones interpersonales, en tanto Freud enfatiza lo que sucede a los instintos o pulsiones. Desde la perspectiva de Sullivan la personalidad no se desarrolla ni surge de manera mecánica, sino que siempre es el producto de la relación dinámica entre las personas.

En cuanto a Karenorney, se trata de una autora de la corriente llamada culturalista psicoanalítica, y aunque no propone realmente una teoría del carácter, señala y describe tendencias neuróticas cuya meta es el lograr evitar la angustia y cuya descripción resulta formar un esquema general de síndromes del carácter. En sus planteamiento sostiene que el ser humano tiene tres maneras de reaccionar: frente al mundo, frente a los demás y frente a sí mismo. Estos aspectos en movimiento los define como el de movilizarse hacia, movilizarse en contra, y finalmente, el de alejarse.

Es Erik H. Erickson un autor psicoanalítico que se ha preocupado intensamente, a lo largo de su obra, del problema de la identidad. Su enfoque es freudiano y ha encuadrado su visión dentro del modelo libidinal de las neurosis, através del cual intenta una comprensión del sujeto a partir del desarrollo infantil, es decir, explica al ser humano como fundamentalmente resultado de sus primeras experiencias y demandas infantiles. Incurrió dentro del campo de la Antropología social, pero a nuestro juicio, su enfoque y modelo de pensamiento, no le permiten rebasar las limitaciones que lo mantienen dentro de la mera

descripción de los fenómenos que se presentan en determinados grupos humanos, sin considerar dinámicamente y dialécticamente las raíces de las fuerzas sociales e históricas que han determinado a esos grupos.

Para Erikson, la identidad es la resultante de una suma "de las autoimágenes cultivadas durante todas las etapas de la infancia". (Insight and Responsibility, 1963). Afirma que la identidad es una necesidad que ha de resolverse para que el individuo funcione correctamente dentro del grupo de sus pares. Podríamos decir que él ha seguido la pista de la identidad, en el sentido de que ella va cambiando al irse haciendo los ajustes necesarios que requiere cada persona en las diferentes etapas de su vida. De manera que va adquiriendo una nueva identidad en función del momento personal o histórico que va viviendo. En general, aunque cita culturas autóctonas norteamericanas, Sioux y Yuroks, sus conclusiones se refieren básicamente a lo que ocurre dentro del sector urbano de la "clase media alta" de los Estados Unidos de Norteamérica.

Erikson es muy claro cuando afirma que la identidad va más allá del proceso de identificarse con los otros y que es indispensable que la persona sea capaz de desarrollar una mayor capacidad emocional y autocognoscitiva para permitir que a uno se le identifique como un individuo circunscrito, colocado dentro de su mundo. Posteriormente fué más allá de su primera definición concerniente a la suma de las experiencias infantiles, y propone que se trata de una recombinação de -

una recombinación de nuevos y viejos fragmentos experienciales los que habrán de conducir a la identidad, siempre en función de la necesidad del mundo exterior que el individuo vive, sin considerar en profundidad el sistema social rector de ese mundo, en toda su estructura.

La resolución de los conflictos infantiles dependerá, dice, en gran medida del núcleo de seguridad y confianza que vaya teniendo el niño sobre todo en la relación con la madre, comprendida no tanto en términos de la cantidad de alimento o de demostración de afecto, sino en la calidad de los mismos. (4)

Si el niño no adquiere en los primeros años de la vida la seguridad y confianza de que es en sí estimable y de que su existencia tiene un sentido y un significado, difícilmente podrá resolver de modo satisfactorio los conflictos que se le irán presentando. Estos conflictos para Erikson son los siguientes:

Iniciativa vs. culpa, industriosidad vs. inferioridad, identidad vs. confusión de roles, intimidad vs. aislamiento, principio generador vs. estancamiento y por último, integridad del Yo vs. desesperanza. Solamente al través de la solución de esos conflictos pueda el ser humano llegar a integrar su Yo con fuerza y lograr adquirir y afirmar su identidad.

La óptica de Erikson, su visión unilateral y su modelo de pensamiento positivista, no le conducen a preguntar si la solución de esos conflictos podrían estar generando y reproduciendo magníficos ejemplares enajenados, listos para servir con toda eficiencia y sin fricción a una estructura social que se alimenta de ellos sin que se hayan tenido siquiera las oportunidades de establecer cuestionamientos en profundidad. Basta

con saberse útil, eficiente, diestro y a la par o par encima de sus pares, para saberse una persona triunfadora y admirada. Es esta la identidad que se adquiere, pero nos preguntamos ¿es esta la identidad auténtica y genuina?

Como miembro de un pequeño grupo de psicoanalistas que rebasan el marco mecanicista biológico de los instintos de Freud, aparecen las ideas de Erich Fromm, con una clara tendencia a la visión humanista, dentro de una concepción historizada, para quien el problema tiene sus raíces en la manera de relacionarse el ser humano con el mundo y con y frente a sí mismo. Estos modos o maneras que se adoptan forman el sustrato del cual se desprende su teoría del carácter. Los procesos que él señala como fundamentales son el de asimilación y el de socialización. A la vez, la forma en que estos se desarrollan los designa como orientaciones, que define como las constitutivas "del centro o semilla del carácter". (5)

Fromm define el carácter como la forma relativamente permanente con la cual es canalizada la energía humana en los procesos de asimilación y socialización. (6) Continuando, define como proceso de asimilación, la manera de adquirir o apropiarse de las cosas y objetos, y a la vez define como proceso de socialización, la capacidad del individuo para relacionarse con los demás seres humanos y consigo mismo. En decir, describe el respectivo modo de relación con el mundo de las cosas y el mundo humano. En el desarrollo de su teoría, ambos procesos implican sistemas abiertos dentro de los cuales se establece una situación dinámica que se mueve en ambas direcciones.

El ser humano se ve inmerso todo en una relación dialéctica al apropiarse las cosas, en tanto actúa a su vez en su papel de satisfactorios o creadores de nuevas necesidades, se relacionan con él. Paralela y simultáneamente requiere de modo imprescindible de la relación con otros para mantener un cierto nivel de salud psíquica, relación que es susceptible de establecerse dentro de diferentes patrones y modelos, de los cuales recibe la certificación, la comprobación de su existencia y de su identidad.

La primera influencia operativa en el proceso de socialización se inicia en la relación humana primera de la vida, con los padres y al interior de la familia. De modo que la formación de la estructura caracterológica se inicia desde el primer momento social del individuo. Los padres, ha dicho Fromm, se la agencia psíquica de la sociedad y cumpliendo una función social estructural ya que configuran el núcleo de la primera célula del tejido social. Fronique en su planteamiento y estipula que el carácter o diferencia de la conducta, se origina en las motivaciones, o sea en las fuerzas psíquicas profundas que conducen al través de vías inconscientes, al individuo a actuar en una u otra forma. Desde luego, no solamente a actuar en el terreno de una actividad conductual vertida al exterior de forma concreta, sino también en el área del pensamiento y de las ideas. De esto comprendemos que, indefinitiva, el primer contacto del niño con "la agencia psíquica de la sociedad", se da la existente con padres dueños ya de una estructura caracterológica bien organizada que responde a las necesidades de la sociedad, en el tiempo que les

toen vivir. Es aquí, en este punto, donde se empieza a generar la estructura caracterológica del niño, no como una respuesta reactiva frente a las fuentes libidinales, sino como una solución inicial que surge del encuentro, usualmente conflictivo, entre el carácter de los padres y de las demandas vitales del niño en su incipiente contacto con el mundo.

La perspectiva historizada y con base sociológica del pensamiento de Fromm, lo llevan a rebasar los límites individuales del carácter y propone la existencia de un carácter social, categoría que define como: "el núcleo de la estructura caracterológica compartida por la mayoría de los miembros de una misma cultura", y lo distingue del carácter individual en la medida que "las personas pertenecientes a una misma cultura difieren entre sí". (Beyond the Chains of Illusion.)

Sostiene que toda sociedad requiere de esta canalización de la energía psíquica de sus miembros para lograr el funcionamiento eficaz y estable de la misma. Partiendo de esta concepción, se colige que la función del carácter social, aquella de establecer y perpetuar la estructura social, sea considerada como un elemento integrador y conservador del orden establecido.

Se ve establecido una relación dialéctica entre las necesidades concretas del sistema social y las respuestas de los miembros del grupo orientadas dentro de su carácter social. Los miembros actúan insertados dentro de los límites del mismo, aunque conscientemente creen que sus respuestas con el producto de sus verdaderas tendencias y deseos.

De esta manera, se revela el carácter social como el -

punto existente entre la ideología y la estructura del sistema social imperante. Un puente que tiene como substrato la enajenación del hombre de sí mismo, de los demás y de la Naturaleza. Si el hombre es ajeno a sí mismo, carece por consiguiente de su identidad. No se reconoce ni se conoce. Confunde su yo mismo, su mismidad, con aquella primera respuesta que fué articulándose frente a la colisión con el sistema caracterológico de los padres, y tiende a suponer y aceptar que esa respuesta caracterológica es su identidad. La confusión que nace favorece el equívoco de que el individuo es lo que refleja al través de su orientación caracterológica, que su carácter es su destino, sin considerar que esa primera respuesta no necesariamente es congruente ni coherente con su verdadera, su auténtica identidad. Tampoco se vislumbra claramente que muy probablemente sus rasgos caracterológicos lo que hacen es configurar, en gran medida, su identidad falsa o sintética, su identidad enajenada.

Fromm se abocó a la explicación de la manera en que se construye la identidad falsa y considera que el mecanismo que se pone en juego con mayor frecuencia en la época actual, es el por él denominado, de enfermedad automática, ampliamente descrito en Escape de la Libertad. Se trata de uno de los mecanismos de evasión que utiliza el individuo para no encarar el dilema que le presenta asumir su libertad, la libertad central de ser él mismo. Proporciona este mecanismo una ruta para solucionar la necesidad de adquirir una identidad pero al través de la adaptabilidad acrítica y cómoda, frente al modelo aceptable y loable, a cambio de la certeza de no ser marginado ni señalado

como diferente de los demás. Todo lo contrario, obtiene la garantía de pertenecer a un grupo consolidado, haciéndose participante de la identidad colectiva que confiere dicho grupo.

Inmerso dentro de esta aparente solución, se reproduce a sí mismo y es reproducido, como un ser cosificado, despojado de su individualidad, un tanto semejante al producto final de una línea de producción en serie dentro del entorno fabril. Este producto final va enajenándose en mayor grado en tanto va creciendo y agudizándose el extrañamiento y alejamiento del centro de sí mismo como persona, de su mismidad.

La adquisición de una identidad sintética, a costa de la pérdida de la genuina, va dejando una gama de sensaciones y emociones que oscilan de la indiferencia o incomodidad leve, hasta llegar a los niveles de la angustia intensa, capaz de paralizar la vida misma del sujeto. La modalidad de la respuesta depende a su vez, del grado de conciencia que se tenga en cuanto al grado de enajenación que se sufre. Esta puede ser medida en función del grado de distorsión y falta de objetividad y sentido crítico que se tiene.

Este aspecto tiene particular relevancia e importancia para Fromm, a tal grado que el fenómeno de la transferencia lo engloba dentro de la distorsión que el analizado hace del psicoanalista aunado al grado de distorsión que emplea en su experiencia concreta en cuanto los sucesos y avatares de su práctica de vida diaria. Paralelamente, la óptica del analizado con respecto al analista, bien puede ser objetiva y tocar el grado de enajenación del terapeuta, que indudablemente también tendrá que ser incluido, en su verdadera dimensión, dentro del grupo enajenado. Este modelo de considerar al problema transferencial difiere definitivamente del marco teórico tradicio-

nal psicoanalítico que la explica como la expresión de repeticiones de patrones infantiles.

Si la distorsión que se hace de la realidad, determina el grado de enajenación, la desalienación habrá de conducir a un mayor grado de objetividad, así como a posiciones críticas más racionales con respecto a las posibilidades y limitaciones propias, como a las referentes al mundo en todas sus manifestaciones.

El grado de distorsión suele ser la medida del grado de neurosis o ausencia de salud, de manera que el concepto de normal o anormal son relevantes en este contexto. Para Freud, el conflicto neurótico surge del choque entre las pulsiones o tendencias instintivas irracionales del Ello frente a las fuerzas del Yo, con raíces en la historia infantil y habiéndose generado por los compromisos establecidos entre el deseo y la defensa. Fromm explica lo neurótico en distinción de lo sano o normal, desde dos puntos de vista. El social, que certifica, a juicio de la organización social correspondiente como normal a quien cumple con los requisitos impuestos por ella misma; y el individual, en el cual los parámetros considerados son la alegría vital, el bienestar y la tendencia al crecimiento óptimo de cada persona.

Considerado así, se desprende que no necesariamente es anormal aquel que no cumple las demandas de su sociedad, si es que éstas entran en conflicto con sus demandas humanas dentro de lo señalado anteriormente. Aquello que se resguarda y defiende es la mismidad, y es prioritaria la protección de la

identidad individual frente a la exigencia social, aunque suela ser alto el costo que ha de pagarse en el proceso. En Fromm, es necesario situar la cuestión dentro de estas dos polaridades, de manera que se delimiten los papeles que juegan cada una de ellas, para comprender el modo en que se articulan y cómo se da la contradicción, particularmente cuando el poder que ejerce el grupo otorga el derecho de decidir quien está enfermo y quien sano en una sociedad determinada.

Es a todas luces evidente, que la organización social actual no ha resultado ser favorecedora del desarrollo, crecimiento y humanización del individuo. Todo lo contrario. En tanto del desarrollo socioeconómico ha seguido los cauces que presenta hasta el momento, la pérdida, por despojo, de la identidad, se ha convertido en regla, dado que se requiere de sujetos estandarizados y enajenados para su mejor funcionamiento. No resulta pues, sorprendente, que la certificación de normal o anormal tenga necesariamente que ajustarse al modelo de sujeto que le es más útil. A la vez, el individuo en proceso de rescatar sus núcleos de miseria, los más humanos, resulta indeseable y tal vez hasta peligroso, en tanto crítico y cuestionador del orden establecido.

Este concepto de salud-enfermedad, es a nuestro juicio, muy relevante y perfectamente congruente con la dialéctica expresada en la obra de Fromm, dentro de la cual no resulta comprensible la problemática del ser humano sin situarlo dentro del acontecer histórico del individuo social.

La Identidad Colonizada.

La necesidad de tener una identidad, no solamente puede ser abordada desde el plano individual. El ser humano es eminentemente social y su medio es el universo social compartido, el actual, su realidad concreta que pertenece al presente, y la realidad histórica que comparte con el resto de los miembros de su cultura.

En el intento por comprender al ser humano dentro del método psicoanalítico, es indispensable conocer a fondo su historia personal. No porque necesariamente "infancia sea destino" (7), sino para llegar a desenrañar los hilos de la trama del pasado que hubieron podido ser significativos en el conjunto del cuadro del presente.

De manera similar, para llegar a conocer a un grupo social en un momento particular de su desarrollo, resulta igualmente indispensable conocer a fondo la experiencia histórica de ese grupo.

Los caminos que conducen a ese conocimiento del pasado, resultan particularmente difíciles y oscuros tratándose de grupos que han sido sometidos a un proceso de conquista y colonización.

Dadas las características propias de la colonización, la riqueza cultural y la historia misma del grupo colonizado han debido ser destruidas en la medida de lo posible y de lo necesario. Las manifestaciones y expresiones propias de los conquistados son sometidas a una aniquilación sistemática de los valores integradores propios del grupo autóctono, con el fin de implantar como únicos, los valores del conquistador.

En consecuencia nos podemos percatar que la explotación y el pillaje, no se reducen ni se limitan al saqueo de las riquezas materiales del territorio conquistado, sino que rebasan ampliamente tales límites y se infiltran en los más profundos niveles psicológicos, sociales e individuales, en un proceso que presupone la usurpación y el despojo de lo más íntimo y preciado del grupo: su identidad. Aquella que había sido sustentada y afianzada sobre las obras y el pensamiento de la cultura a la que se pertenece, obra que es la expresión más directa e irrefutable de su propio desarrollo histórico, así como del esfuerzo colectivo de los sujetos que la han configurado.

Sin embargo, el mero pillaje que deja al descubierto el objetivo económico, no es asumido usualmente como la motivación motora de la aventura conquistadora, ya que resulta inadmisibles frente al sistema de valores éticos explícitos de la potencia colonizadora. Con la finalidad de resolver satisfactoriamente esta contradicción, se ha hecho uso, secularmente, de la superestructura ideológica que lo sustenta y conlleva al colonizador presentarse ante el nativo como el "salvador", aquel que lo viene a rescatar, impulsado fundamentalmente por la necesidad de proporcionar valores éticos, morales y religiosos, a los grupos desprovistos de ellos, quienes de manera simultánea resultan ser calificados de ser insensibles a la Etica, al mundo moral y modo aún más enfático, a encontrarse, por alguna razón inherente a sus condiciones de nativo o autóctono, incapacitados de comprender el mundo de los valores ya que nunca, se ha insistido, han sido aptos para crearlos por sí mismos.

Las obras y monumentos que encarnan los frutos terminados y más visibles de las culturas conquistadas, capaces de surtir como espectros concretos de la falsedad de la tesis explicativa de la motivación evangelizadora, cumplen su destino al ser demolidas en su mayoría, y aquellos piedras labradas, aquellos textos cuidadosamente trabajados terminaron siendo colocadas significativamente, en las cimentaciones de los nuevos monumentos suplentadores. Es por demás enfatizar que los cimientos se encuentran por definición, bajo tierra, ocultos de la mirada cotidiana.

Los monumentos que lograren escapar este destino habrían de ser considerados primitivos y rudimentarios, mientras que las más inexplicables por deslumbrantes, serían tildadas de obras de "seres superiores", tal vez extraterrestres, que dejaron esas huellas tras su paso, ya que naturalmente, la cultura local no habría podido crear semejantes muestras, en virtud de sus evidentes limitaciones.

La destrucción, lógicamente, no se limitó a los monumentos pues de manera paralela y simultánea fué atacada la presencia del pasado cultural de la tierra ocupada, de manera tanto más violenta y aplastante, cuanto más rica y evolucionada hubiera sido.

Se fué desintegrando paulatina pero inexorablemente el marco de referencia cultural original o cambio de asumir la imposición del nuevo modelo, aquel que se origina en el mundo del poderoso conquistador. La implantación del modelo es implementada al través de la totalidad de la estructura del poder que tiene como uno de sus objetivos principales, precisamente, cons-

truir el andamio ideológico mediante el cual el nativo, individual y colectivamente, pierda sus ligas con sus raíces.

El nuevo marco con su modelo recién proporcionado se ve portador de una doble cara y de un doble mensaje. El uno para el colonizado y el otro, las más de las veces en flagrante contraposición y antagonismo con el primero, para el colonizador.

Difícilmente podría escapar nuestra atención el paralelismo tan claro entre este modelo dinámico y aquéllo que ocurre en el nivel individual concerniente al proceso del niño dentro de la organización familiar, tal como la conocemos. Esto no es sorprendente si aceptamos que la familia nuclear no es solamente "el agente psíquico de la sociedad" sino también la célula primordial de la que se contruye el tejido de la organización social en su totalidad.

Se desprende de lo anterior, el cómo va la familia a ir moldeando al niño, despojándolo de sus expresiones espontáneas, regulando sus manifestaciones emocionales, limitando toda respuesta que no concuerde con las normas y reglas que la familia implementa.

Si los cimientos de la cultura quedan enterrados y desempeñan funciones para los que no fueron originalmente diseñados, así mismo las emociones y sensaciones quedan sepultadas, inexpresadas al exterior, pero conformando el contenido psíquico profundo del niño. Este niño dentro de nuestros marcos sociales imperantes, es un sujeto que no tiene el derecho de expresar más allá de los límites y definiciones que la familia-sociedad le impone. Se obstaculiza su capacidad crítica

y su capacidad visual, de modo tal que llegue a dudar de aquello que ve o percibe, pero que el grupo familiar le presenta y vive de otra manera, con la clara finalidad de que no pueda confiar en sus propios instrumentos sensoriales y cerebrales y requiera necesariamente de intérpretes y traductores del mundo que vive. Lo que a pesar de los obstáculos capta y percibe, suele ser manipulado de manera que crea ver justamente la imagen conveniente. El niño se encuentra frente al dilema, muchas veces insoportable que presiona el tener que transicionarse, de negar supercepción, de aceptar lo falso, pero la expresión de esta situación emocional no la puede externar, frecuentemente ni en sus sueños, con tal de no tener que encarar las contradicciones de los dobles mensajes, uno que proviene de su autopercepción y la otra dictada por el exterior. Tampoco pueda atreverse a hacer la crítica de la imagen que le dan de la familia, ni como grupo, ni diseccionada en sus elementos, llámense padres.

La acción misma de tal disección obliga al enfoque de cada padre dentro de un examen cuidadoso, actividad que genera una gran carga de culpa, ya que tal examen es leído por el grupo como falta de afecto, de respeto y de gratitud. A esto ayuda muchísimo la ideología que coloca a los padres más allá del terreno de la crítica y la observación, y quien en ella incurre, se ve colmado del repudio y la censura generalmente dirigida al peor de los criminales.

La cultura patriarcal tiene sus bases mismas en la abstracción que se hace de la categoría humana de los padres, situándolos en el terreno de lo casi perfecto. Hacer la crítica

ca de quienes son considerados dentro de esa dimensión, necesariamente despierta una de las respuestas emocionales más intensas y consistentemente presentes a lo largo de la Historia: la culpa.

La trampa que monta la sensación de culpa es de las mejor elaboradas por la Humanidad. Se trata de una emoción que limita la acción, que encadena la voluntad y se debe expiar como condición "sine qua non" para lograr paz y tranquilidad internas. Muchas vidas humanas se han sacrificado en los altares expiatorios de esa culpa; pero se trata de una culpa inexpiable. Hágase lo que se haga, independientemente de la estatura del sacrificio, no se puede expiar y esto produce una terrible sensación de malestar, infelicidad y la certeza de saberse malo.

El ser humano intenta, a pesar de lo inexpiable, pagar el precio de la culpa, convirtiendo a su conducta en este descaño, en el núcleo central de su existencia, algo semejante a la asiduidad y compromiso contrahidos con una ideología religiosa. Muy probablemente, quienes asumen este compromiso psicológico son motivados por la necesidad de castigarse, hecho que se logra bien dentro del mecanismo más conocido de la respuesta sado-masoquista. Los modos de expresión externa del cuadro suelen tomar formas diversas, algunas más y otras menos ocultas o disfrazadas, pero en última instancia resultan operativas para el cumplimiento con la pasión masoquista buscadora del castigo de quien se culpable de algo poco concreto e irracional, pero no por eso menos presenta ni menos eficiente con toda la intensidad necesaria para cumplir con la necesidad autopunitiva.

Abundando algo más, si la crítica al padre es mala, la

crítica a la madre es peor, ya que ella se muestra como víctima, ya no sólo de la cultura y el poder patriarcales, sino ahora además, por el ser a quien le "ha dado la vida", el hijo quien todo le debe y quien debiera rescatar y defenderla.

Si frente al padre resulta un renegado, frente a la madre es un descastado. En el primer caso reniega aceptar y emular el modelo encarnado en el padre buscando su propia identidad, y en el segundo, se lanza a la aventura de su propio crecimiento autónomo con miras a llegar a ser adulto abandonando la protección de la madre, que es necesaria en una primera etapa de la vida, pero se torna carcelaria, en otra. En ambas instancias se vuelca en los intentos de desensajamiento y de desarrollo de la maduración, únicas alternativas serias para lograr la condición de humano libre.

El parecido con las condiciones de la relación colonizador-colonizado saltan a la vista y pareciera que cada uno de los elementos de control -conscientes e inconscientes-, que se ejercen en lo social sobre grandes comunidades, se van implementando en grado mayor y doméstico el interior de las familias. Las reglas del juego son asumidas escalonadamente en el tiempo y transmitidas de generación a generación. El poder y sus reglas se heredan y transmiten, y la cadena sigue su marcha. El hijo cronológicamente adulto, al ser padre reproduce los mismos lineamientos y pensamientos que es por eso que en las relaciones interpersonales familiares, la sensación culpable y las actitudes culpígenas permanecen un tanto insubstanciales.

La persona sujeta a esta dinámica se encuentra colocada en una posición sumisa, cargada de temor de incurrir en -

una conducta más libre e independiente susceptible de desenca-
 denar la sensación culposa. Este miedo reviste dimensiones tales
 que raramente se plantea al individuo las interrogantes siguien-
 tes: primero de si en verdad es culpable; segundo, culpable de
 qué?, tercero, cómo se originó esa culpa? y cuarto, ¿por qué
 se encuentra en el banquillo de los acusados el sujeto menos
 desarrollado en el proceso de socialización y maduración, por
 razones de índole biológico, en tanto el más avanzado es in-
 cente de manera sospechosamente arricristica y arbitraria?

Reconocemos que estas preguntas difícilmente podrían
 constituir los aspectos formales del pensamiento del niño, pe-
 ro sí podrían estar presentes en el adulto neurótico que también
 se asume como culpable, sin hacer uso de los instrumentos que
 en su devenir ha idipuliendo y utilize frecuentemente frente a
 situaciones y problemas que no cuestionan las imágenes de los
 padres y por extensión de cierto tipo de figuras de autoridad
 con quienes existen lazos afectivos de importancia.

El conocimiento capaz de develar toda la maquinación,
 acostumbra permanecer, al igual que los cimientos monumenta-
 les, sepultado y con frecuencia fragmentado en el contenido
 psíquico, primero del niño y posteriormente, del adulto, desde
 donde ocasionalmente irrumpe al plano de la conciencia, cargado
 de sensaciones profundas y pesadas de inquietud, desasosiego
 y malestara aumentando la ansiedad por la inseguridad de no
 ser uno mismo y de sospecharse como infantilmente dependiente.

El modelo del colonizador, supuestamente permitiría el acceso a la adquisición de aquello que habría de sustituir satisfactoriamente la raíz que ha sido tan violentamente arrebatada. Pero la herida causada por el ultraje no puede ser cicatrizada de manera tan sencilla ni tan automática. Permanentemente se hace explícita la diferencia entre el que todo lo tiene, la fuerza económica y el poder político, anudado a la seguridad de saberse ser, y aquel al que se le niega incluso su calidad de ser humano y que resulta ser definido fundamentalmente en términos de privaciones y carencias.

Esta sentencia lanzada por la fuerza extraña y externa, va siendo incorporada hasta constituirse en una verdad. Se va estableciendo la polaridad entre quien sí es y quien no. La misma del conquistador se encuentra bien sustentada sobre una base legitimada justamente dentro del marco nuevo de los valores que son dictados en el contexto del proceso colonial y como tales, se convierten en incuestionables.

La ruptura con la historia propia, debilita notablemente la seguridad del nativo, quien bruscamente se encuentra sin su propio andamiaje ideológico, consecuente con su proceso histórico. Esta pérdida lo deja suspendido en una suerte de vacío que lo conduce a dudar, ya no sólo de su identidad, sino hasta de su propia existencia. Su relación con el mundo se torna dependiente y supeditada a las relaciones posibles que le va permitiendo el nuevo poder. Su relación consigo mismo, también se encuentra delimitada por la definición que de él, individual y colectivamente hace el conquistador. Sin embargo, la necesidad humana de saberse ser, de ser dueño de su misma vida,

de su identidad, no desaparece, y pese a todo ésta habrá de ser satisfecha, so pena de perder la salud psíquica.

El colonizado en ese momento tiene que estructurarse una nueva identidad que le permita la sobrevivencia psíquica y asume - consciente e inconscientemente la más viable y aceptada por el mundo externo, aquella que lo propone o impone como modelo "colonizado", el colonizador mismo.

Este proceso funciona admirablemente, lográndose dar muerte a dos pájaros de un tiro: se impone la identidad requerida por el sistema para su perpetuación y buen funcionamiento, aunado a dejar como alternativa más viable la que lleva a la persona a conformarse automáticamente, traicionándose profundamente, con tal de no verse obligado a enfrentar el mundo de la marginación y el ostracismo, como consecuencia de la rebeldía que pudiera ligar al sujeto con las raíces nutricias que ya se han empezado a enajenar. Pronto la liga radical se convierte en objeto de repudio intenso. Se logra con maestría, la perversión de la cultura-raíz, privándole de su autenticidad, perversión a la que ya contribuye de manera activa y tenaz el nuevo nativo, al negar y repeler todo lo que lo vincule con un pasado despojado de todo valor.

El proceso colonizador echa mano de todos los recursos de que dispone para mantener esta situación de enajenación del individuo de sus iguales autóctonos, de sus señores coloniales y lo más grave y desgarrador, de sí mismo.

Las contradicciones brutales, se agudizan de manera aún más evidente en aquellos procesos que enfrentan a grupos étni-

cos antagónicos para lo cual se hace uso de un marco ideológico de corte racista. De modo que las características externas físicas coloquen automáticamente y permanentemente el más visible de los letreros en todo individuo. El que porte los rasgos étnicos del conquistador, o del europeo, configura la clase que tiene en sus manos el poder. El valor y el valer personales van creciendo en función de la disminución de rasgos del oprimido - que se tengan a flor de piel.

Esta cuestión cobra dimensiones enormes en el área de los aspectos psicodinámicos de un pueblo mestizo, en el cual la mezcla de las características físicas de ambos contendientes luchan entre sí con el anhelo de lograr implantar la primacía de uno de ellos. Este elemento racial-étnico, suele ser de importancia central en la búsqueda de lograr ser dueño de una identidad europeizada, que a todas luces se acerca ciertamente al modelo que el pensamiento colonizado avala y certifica como valioso.

La carga negativa racial que acostumbra asomarse incómodamente se trata de ocultar cuanto sea necesario, o se pretende explicar en el marco de un tono defensivo de excusa, lo cual no hace más que señalar enfáticamente lo vergonzoso que resulta una identidad cuestionable.

La negación de los aspectos que vinculan al mexicano con sus orígenes amerindios, va conformando una clara sensación de inseguridad interna que va obligando al sujeto a afirmaciones declamatorias de no ser portador de "sangre india", así como el repudio activo y sostenido de todo lo que roce siquiera lo relacionado con lo "indígena". O lo contrario, a afirma-

ciones desafiantes, en tono de reto, de sí tenerla, generalmente de manera defensiva y provocadora. Esta última forma de respuesta es también una negación, pero oculta y no asumida de la misma inseguridad que produciría el verdadero vínculo con aquello. De no ser así, no serían para nada necesarios los desplantes desafiantes, ni tentes explicaciones, que solamente irrumpen en condiciones tómbales de inseguridad y aseguramiento, vorágine.

Respuestas como las mencionadas culminan en la formación de un vacío, de una grieta, que agrieta a los mexicanos de sus raíces amerindias o prehispánicas. Tal solución de continuidad dificulta en un principio, pero termina por impedir, la integración armónica de una identidad mestiza que conjuntara los aspectos vitales, estimulantes y enriquecedores de ambas culturas. La disyunción se opera como consecuencia de la negación de una de las partes y la sobrevaloración de la otra, con el agravante de que la parte sobrevalorada se ha ido colocando fuera del alcance del mestizo. No puede ser europeo por definición, al margen de los esfuerzos y ajustes que esté dispuesto a intentar, y no le es dable aceptar los elementos de su otra porción, puesto que no conoce aspecto alguno positivo o loable de la misma. Su conocimiento de ésta última, tanto en su fuente escolar como en su práctica de vida cotidiana expuesta a las definiciones prevalentes, se ha visto tendencialmente limitado al contacto con los aspectos que efectivamente devienen en las imágenes negativas y repudiables que convie-

Las fuentes históricas que serían los instrumentos conducir a un profundo y riguroso conocimiento, se han mantenido visibles en tanto momentos de dimensiones magníficas, pero el escotoma específico que ciega lo concerniente a ésta área, impide el verdadero acercamiento a ellos y sólo permite la lectura más banal y superficial de las construcciones y obras, que al recibir este trato, son eficazmente despojadas de su significado.

Las fuentes que escaparon la destrucción y que día con día asoman su presencia, han sido reducidas a meros accidentes, que desarticulados entre sí no significan más que unas piedras labradas, sin que se haya pretendido tal y como se ha hecho con otros monumentos productos de otras culturas, la comprensión del lenguaje en el que el pensamiento de esa cultura ha sido escrito.

La ceguera específica es consecuencia y producto de una negación, de una anulación, que cancela aquellos aspectos que podrían cargar favorablemente el perfil por surgir.

Los estudiosos de antiguas culturas han dedicado, a lo largo del tiempo, gran esfuerzo sistemático y sostenido para descifrar y desglosar los aportes y características de determinados grupos, sin de ol, unos que pertenecieron al pasado de pueblos que fueron colonizados, empero que en última instancia pueden articularse al pasado de la cultura dominante, usualmente europea. De modo que Egipto, en tanto antecesor de la cultura mediterránea, ha sido estudiado rigurosamente y su lenguaje unilíne, descifrado. En cambio, el lenguaje mesoamericano - simbólico, ha sido estudiado al través de los pocos documentos

restantes, escritos en códices y en la obra monumental, pero leídos en el idioma naturalista del conquistador y no en el lenguaje simbólico en el que fué acuñado.

Esta omisión deliberada tiene una explicación sencilla enmarcada dentro de la organización colonizadora, que como hemos visto tiene como una de sus funciones destruir lo anterior, disminuirlo y obliterarlo en la medida de lo necesario, para evitar el rescate y acceso a los elementos de valor que vis a vis el colonizador, resultarían de alguna manera significativos. Es precisamente al través de este mecanismo que se crea el vacío en lugar del núcleo de seguridad que significaría la aceptación de la raíz bien valorada. No es tanto la negación de la oportunidad de convertirse en europeo que mutila la sensación autoafirmativa y de autorespeto, sino en la denigración y disminución total de la raíz indígena, lo que conduce al sentimiento de minusvaloración y autodesprecio tan comúnmente presentes en nuestro pueblo.

Dado que el empeño dirigido a una integración armónica de ambos elementos se topa con la insalvabilidad de una de las raíces originales, deviene en la negación de una parte de sí mismo; en una fractura profunda, no reducible de los elementos constructores de la identidad. La búsqueda para encontrar las características del colonizador es respetada y respetable en tanto lógica conclusión del proceso enajenado. Seguir ese derrotero culmina en la frustración, pero por el otro lado, en la otra vertiente, el desprecio cancela cualquier intento de indagación y lleva irremisiblemente al autodesprecio.

Una raíz nos lleva a la frustración y la otra a la auto-negación. Se trata sin duda, de un panorama desolador y de de-

desesperanza. No permite la nutrición de lo vital y estimulante y propone un callejón sin salida, un camino obliterado. Visiblemente se trata de un triunfo definitivo del proceso enajenante colonizador. Nuestra propia identidad sintética, la - plasmada dentro de esta contradicción, nos obliga a permanecer estáticos e inmóviles, carentes de recursos para alcanzar nuestra identidad genuina al través de encontrarnos en un proceso de descubrimiento con dignidad.

Tal planteamiento general no parece ofrecer salida y su tesis central se observa consolidándose cada vez más en función del tiempo transcurrido, del tiempo que ejecuta su - función de troquel, que conlleva cada vez menos a cuestionar y a admitir como definitivo e irrecusable, el mensaje original, ya anteriormente interiorizado.

Coloca al individuo y a la colectividad en el terreno de la inseguridad y la desesperación. Funciona como recordatorio permanente del fracaso en el desarrollo y crecimiento propios. A su vez, retroalimenta la desconfianza que genera en el interior del individuo, en seguida proyecta sobre los demás miembros de la colectividad. Los logros y alcances propios, que pudieran funcionar como elementos sobre los cuales - construir una imagen más aceptable y apreciada, se niegan en tono de burla y con dejo de incredulidad y desconfianza. El logro del otro se niega y menosprecia con la misma intensidad agresiva y violenta. De la desesperación se salta a la desesperanza. Si no hay salida, no tiene sentido el esfuerzo, ni el individual ni el social. La desconfianza incide de modo contundente e impide la fe en cuanto a los resultados producto -

de algún intento o propósito.

Colocados en el plano psicológico se resfuerzan los sentimientos de inferioridad y frustración intensos que tenderán a liberar su carga emocional en sentido negativo, derivándola en agresión y destructividad. Un rasgo frecuente en -- nuestro país es el uso de diminutivos, incluso en actos de -- gran violencia, que funcionan como cobertor para no asumir plenamente conciencia de la carga de odio, resentimiento y frustración. Utilizando el diminutivo se cumple con dos funciones: negar la hostilidad y enfatizar la auto y hétéro devaluación. Verdada al exterior, esta dinámica se expresa en la violencia, la falta de amor y respeto por la vida -propia y ajena -por la exacerbación de rasgos narcisistas, de nacionalismo-chovinista y machismo, cuya finalidad es encubrir la certeza profunda de la debilidad e inseguridad personales.

La identidad en todos sus aspectos y matices se pone en quiebra y cada porción reclama su resarcimiento por medio de mecanismos sobreescompensadores. Esto se torna más manifiesto en tanto más amenazante resulte la situación que se enfrenta y que podría conducir a una devaluación al exterior de la frágil estructura de la identidad.

Tal vez de manera análoga, funciona la hostilidad aguda despertada y provoca la referencia a los ríscos amerindios. Si estas son vividas como síntomas y signos de inferioridad y debilidad, el ataque formulado en contra de ellas, debe ser - demoledor e intransigente. Frente a esa amenaza no se puede negociar por estar en juego la posible expresión al exterior

de un aspecto que habrá de ser negado, desde el núcleo mismo.

Procedo, a nuestro juicio de modo directo, la pregunta sobre el cómo explicar la reacción tan aguda en contra - de estos aspectos que persiste en su intensidad y se prolonga en el tiempo - 400 años ininterrumpidos - si no representara una amenaza real al pensamiento ensablado dentro de lo colonizado. ¿Por qué no han sido suficientes esos cuatro siglos - para lograr la anulación decisiva de la fuerza primordial de esas raíces sabiendo que cualquier esfuerzo de esa magnitud? Solamente puede explicarse en función de la fuerza vital que esa raíz aún conserva; de no ser así, difícilmente se puede aceptar tan enérgica reacción.

Otros pueblos con pasados de importancia los asumen y viven con ellos como parte significativa de su herencia cultural, con orgullo y con seguridad. Pueblos que también han sido sujetos al proceso de conquista y colonización. No parecen avergonzarse de sus ligas con ellos, sino todo lo contrario. En definitiva se nutren de su pasado y esto es posible porque la evidencia de las obras de su culturas pasadas permanecen, son admiradas y certificadas como valiosas por el colonizador mismo. Quizá hasta fueron determinantes por el valor que se les atribuye, aún en el momento mismo de la invasión, habiendo sido posteriormente asimiladas y asumidas por el recién llegado como parte de su propio pasado. Podemos pensar también que ha convencido al colonizador mantener vivas estas raíces, en tanto la metrópoli no se hubiera sentido amenazada por su presencia, tal vez por su escaso desarrollo o quizá por la asimilación armónica consumado dentro del pasado de la metrópoli misma.

La destrucción perpetrada en este Continente nos lleva a sospechar que la fuerza de la cultura amerindia, no sólo llegó a representar una amenaza seria, sino que posiblemente aún la representa. Solamente así hace sentido la sistematización permanente y veigente del ataque, de la violencia ejercida sobre ella, perceptible a pleno vista, aún en nuestros días.

La resonancia obtenida por apenas un puñado de mexicanos y sobre todo de extranjeros abocados al conocimiento riguroso y amplio de sus frutos y obras, ha resultado lamentablemente, más bien sorda. Los oídos han sido teponados con las declaraciones que afirman por todos los medios y a lo largo de centurias, que no vale la pena indagar a shondar en algo tan absurdo, tan extemporáneo, tan vergonzoso y tan poco revolucionario y avanzado, ya que ese pasado histórico es una etapa que ha sido rebasada y que la tarea de los pueblos es más bien del orden de ancerar y transformar el presente para pavimentar el acceso al futuro.

La negativa por comprender y conocerlo huele a aquellos mecanismos psicológicos de negación y racionalización que sirven para la defensa psíquica, consciente e inconsciente. ¿Acaso no es ámperativo conocer de manera objetiva la realidad? ¿No se efectúa una autotraición, al negarse la necesidad de conocer y enfrentar, de valorar con justeza las características propias? ¿Las actuales y las pasadas? ¿Las individuales y las sociales?

En este terreno de inmediato llama la atención que los testimonios, los documentos más soccorriños, y a la vez los

mas resnetados, no han sido en primera instancia las obras primarias existentes. Aquellas muestras directas en las que se encuentran inscritas las alcances realizados por la cultura. La mera construcción de los monumentos existentes, testigos elocuentes del grado de desarrollo social e individual alcanzados durante un período muy largo, no son leídas más - que dentro de un marco sobresimplificado y superficial, en donde la pretensión comprensiva termina en un análisis somero tendiente al reduccionismo descriptivo y naturalista, que sobre todo tiende a calificar y hacer categorías simples desposeídas del contexto en el cual fueron erigidas.

Este cuadro despierta un comentario, a nuestro juicio pertinente con respecto a cierta similitud entre lo que ocurre antes estas fuentes y lo que ocurre psicodinámicamente desde los inicios de la vida infantil. El acceso a los documentos - fidedignos del mundo circundante tampoco parecen estar fácilmente al alcance de los niños. Las figuras centrales, que son los padres no suelen mostrarse tal y como son, sino se encuentran un tanto sepultados bajo las formas que socialmente deben tener y de hecho no se muestran a los hijos en su estatura humana sino revestidos de atributos y adornos que en realidad no poseen. El niño debe creer que sus padres y - desde luego por extensión, sus maestros y la mayoría de las autoridades cercanas - familiares o no - son portadores de - ciertas características que los distinguen y a quienes hay que extender deferencias.

El mundo adulto se esconde tras este marco ideológico, pero en realidad lo único que se logra es que el niño - vaya construyendo su opinión pero al precio de que se pierda

la confianza que conferiría la objetividad si los padres se mostraran fielmente. Se hace que el niño prolongue su vida de fantasías con respecto a los padres con el fin de rehuir el análisis crítico que de ellos habrán de hacer los hijos. Desafortunadamente en este proceso tan necesario como ineludible, los padres no les ayudan en esa tarea, desembocando la situación en un alojamiento insostenible, pérdida de confianza y de credibilidad y moderlos de relación fundados en el engaño, la mentira y la falta de sinceridad. El producto final necesariamente sofo el de un sujeto desconfiado, inseguro, que no conoce el trato de respeto, escéptico y carente de fé y esperanza ya que toda la estructura sobre la que construyó sus inicios, intencionalmente engañosa y fuertemente enajenada de la realidad.

El conocimiento de un fenómeno se logra al través de un estudio cuidadoso y minucioso, insertándolo dentro de su momento histórico y en su contexto. Los elementos capaces de permitir la comprensión del pasado cultural deberían, en teoría, ser las obras específicas creadas por esa cultura. A saber, sus monumentos, cerámica, poesía, grado de desarrollo del pensamiento abstracto y filosófico, avance científico, etc. En el continente americano, la destrucción sistemática de la obra local escrita - los códices - así como el derribo y abandono de ciertos monumentos, resultó ser determinante para que las fuentes de información histórica, fueran fundamentalmente las obras escritas por el conquistador. Por un lado los reportes dirigidos a los monarcas o gobernantes así como los relatos de sus experiencias personales, y por el otro, la recopilación mediante el interrogatorio y traducción de in-

formantes, desde luego, que siempre escrito por el conquistador e invariabilmente dentro del filtro ideológico del mismo.

Dadas las características teóricas, morales y de evangelización que propugnó la Conquista, resultó indispensable que la aventura en sus totalidades fuera insertada dentro de la misión purificadora de un grupo pagano, al que se venía a rescatar y redimir. Las muestras de lo autóctono fueron transformadas en evidencia del peligro pagano e idolátrico que tenía que ser extinguido, en nombre del catolicismo español del siglo XVI. Las imágenes y los símbolos fueron automáticamente reducidos dentro del encuadre distorsionado de quienes ven manifestaciones demoníacas y primitivas en todo. Tal constricción obligó a explicaciones naturalistas simplistas sin considera el carácter simbólico de las mismas. No era factible que se concibiera como simbólico lo hecho por individuos cuya categoría y calidad en tanto humanos fuera puesta en duda aunado al detalle de que su capacidad de simbolizar ni siquiera se podía considerar. Esto, al margen de que tampoco habría sido aceptable un símbolo que no fuera cristiano.

Debe ser considerado el que, además, el grupo conquistador se encontraba configurado por sujetos aventureros que habían optado por el riesgo de lo azaroso, frente a la sentencia carcelaria o de muerte que pendía sobre sus cabezas, salvo desde luego, las excepciones encarnadas en algunos frsiles que genuinamente cumplían su misión evangelizadora,

así como otros que al enfrentar la situación en que fué colocado el indígena, cobraron conciencia de las condiciones inhumanas, vistas desde la perspectiva moral cristiana, a que habían sido reducidos.

Las construcciones, templos y palacios, de mayor relevancia religiosa y social en el momento de la Conquista fueron demolidos en tanto centros vivos de ritos paganos y luego de ser purificada, la obra escultórica de miles de piedras labradas, fué retomada y utilizada para la construcción de los nuevos templos y palacios que ocuparían su lugar y su función.

A pesar de todo, sobrevivieron, algunas visibles y otras ocultas, innumerables muestras de la magnificencia de una cultura que había ocupado una gran extensión territorial y que a lo largo de treinta siglos ininterrumpidos, había dejado restos mayor o menormente antiguos, de los diversos momentos transcurridos a lo largo de ese espacio temporal.

Cada uno de esos monumentos es en sí, y obviamente mucho más en su conjunto piezas reveladoras del tejido que tendría que haber sido leído y traducido, en virtud de representar las verdaderas fuentes auténticas y genuinas que permanecían como testimonio histórico de una época. No se puede legitimar el desprecio manifestado frente a ellos, ya que es allí, en esos espléndidos libros de piedra labrados por generaciones y de manera colectiva, en donde se encuentran las evidencias más claras de las características de esos

pueblos, de su organización social, de su capacidad creadora y del desarrollo de su pensamiento.

Fué como si por la pérdida de los códices, se hubiera disipado la forma de establecer el testimonio histórico. Como si la destrucción de lo escrito automáticamente obliterara la presencia de la obra creada. ¿Acaso la quema de libros en diferentes momentos de la Historia europea, logró borrar la presencia y el significado de la obra construida, durante centurias, en Europa?

El lenguaje simbólico inscrito en los códices es el utilizado en los glifos, las estelas, en los templos, en las pirámides. Si bien es cierto que de los primeros solamente llegaron a rescatarse un número mínimo, permanecen indiscutiblemente innumerables monumentos grabados, suplentes parciales de lo perdido, que atestiguan una obra concreta que por sí misma bastaría para certificar la importancia y trascendencia del pueblo capaz de crearla.

No creemos que pueda considerarse aceptable dentro de los límites del pensamiento lógico, que se trate de construcciones de seres extraterrestres, o expresiones de la presencia aún no corroborada de cultruas lejanas que arribaron y desaparecieron misteriosamente luego de abandonarlas, ni, evidentemente, de seres primitivos que casual o milagrosamente crearon tales cosas fuera del contexto y los límites de su propia capacidad y de su desarrollo.

Con lo poco recuperado de los documentos escritos, así como lo recopilada por los viejos sabios locales durante los

primeros años de la Conquista, se deja vislumbrar el desarrollo estético, científico social y económico alcanzado por estos pueblos unidos entre sí por un pasado común y por un modelo de pensamiento compartido. No se trata de explosiones esporádicas y desorganizadas de las manifestaciones vitales amerindias, sino la expresión del proceso de una cultura milenaria, que como todo proceso, ofrece agudizaciones y declinaciones en el tiempo.

Estas fuentes escritas - dibujadas - nos permiten un acercamiento al grado de desarrollo de la Poesía y de la Astronomía. Dos aspectos que polarizan y reúnen extremos de la gama del grado del conocimiento científico y de delicada - sensibilidad y percepción que aparecen conjuntadas en estas - formas. El acceso a estos elementos fué muy tardío y aún ahora, no acaban de ser recuperados ni en su totalidad ni -tratan- dose de los códices salvados - en sus versiones originales. Fueron removidos y se encuentran en diversos centros de estudio extranjeros o en el seno de museos europeos.

Esta circunstancia se sumó a las dificultades anteriormente expresadas, mas no así el acceso a las obras escritas por el conquistador y posteriormente por el colonizador y el colonizado mismo, las cuales se encontraron siempre a la mano, alzando su estatura de "fuente primaria y fidedigna" irrefutable.

La lectura de los monumentos se redujo a tacharlos de manifestaciones idolátricas y escasa atención hubo en cuanto al esfuerzo que se requeriría para una comprensión que - integrara lo expresado por medio de símbolos, con el necesari-

rio avance del pensamiento que implica la existencia de un lenguaje simbólico tan desarrollado.

Cada piedra de cada monumento traía su mensaje tallado. Si bien, dado el momento, era necesario, si es que no indispensable, reducir todo a su expresión más simple, hace ya - muchos años que la importancia de los monumentos en los que se articulan las fechas grabadas con su sistema de medición - del tiempo - calendario - y con los fenómenos naturales y astronómicos, para haber sido suficiente como indicador de que el conjunto tendría necesariamente que desembocar en una muestra ejemplar de un sistema de pensamiento avanzado y depurado.

A nuestro ver, se trata de un pensamiento con una comprensión del mundo en el cual se encuentran rigurosamente ligados los fenómenos humanos con los fenómenos naturales, tal y como se evidencia en el Calendario o Piedra del Sol, en - donde uno de los niveles mide el ciclo solar y otro -interne- se ocupa de los ciclos humanos (Tonalámatl), de manera que - el movimiento del calendario va articulando lo humano con lo natural. De esto que se desprenda como una concepción primordial, el antropocentrismo o si se quiere el Humanismo presente, como eje sobre el cual se construyó la riqueza filosófica determinante de la fundamentación de sus marcos sociales y morales.

Seler y Thompson en un principio, ambos investigadores rigurosos, dedicaron sus vidas al esclarecimiento de los - símbolos de los números y fechas expresados en los vestigios de esta cultura. Como resultado de su labor, han sido ellos

quienes proporcionaron las primeras bases para la traducción de la iconografía en jeroglíficos que tienen un sentido y un significado precisos, en tanto fechas que se relacionan minuciosamente y de modo riguroso con hechos del mundo natural, tales como fenómenos astronómicos, a más de con los períodos naturales de fenómenos naturales, como las estaciones, los tiempos de lluvia, los de sequía, incluyendo los ciclos de planetas y de estrellas.

Thompson en el terreno de lo Maya descifra los símbolos de las fechas y de los patrones de las fechas, cuya conjunción marca la fecha de manera exacta. Es decir, la fecha no solamente se representa por un número, sino participa en combinación de un número en serie de 20, con un signo que es el nombre del mes, dominado por un patrón o "dios", complicado aún más por el símbolo del día. Intentando resumir, se combina un número con el signo del día y con el signo del mes. Ambos autores, Seler y Thompson, demostraron la correlación precisa de las fechas en la cultura Maya y en la Náhuatl, siendo Seler quien comprobó la similitud de los días, en su estudio de tres códices diferentes.

Nos parece indudable el interés fundamental que tiene el estudio del Calendario en una época como la actual, en la que lo científico se aprecia en tanto más vinculado a las ciencias exactas, lo cual implica que bien puede aportar pruebas medibles dentro de los campos de la Astronomía, las matemáticas y la Física, ciencias indudablemente básicas y tenidas por exactas, consideradas tan altamente en el mundo

contemporáneo. A su vez, el andamiaje científico que presupone necesariamente la elaboración de una estructura tan exacta y finamente acabada como el Calendario, no resultaría tan fácilmente recusable como las demás obras aludidas.

La labor de Laurette Séjourné en este terreno, así como su dedicación a la comprensión del simbolismo y a un riguroso acercamiento abocado a la comprensión diferente de las lecturas habituales de la cultura Náhuatl al través de sus ritos y símbolos, la han llevado al estudio de los mecanismos internos que gobiernan el movimiento del calendario, y al intento de establecer la correspondencia entre el calendario solar que rige el movimiento de los cuerpos celestes, con el calendario de lo humano o "adivinatorio" -el Tonalámatl- que articula el mundo natural cósmico con el mundo humano. De sus amplios y fecundos trabajos se desprende la importancia de este abordaje en tanto conjunción de lo simbólico y lo científico, enfatizando el antropocentrismo de una cultura cuyos vestigios materiales y morales no se limitaron a una zona pequeña, sino que alcanzaron una significación continental.

Su obra que revela como signo clave del simbolismo náhuatl a Quetzalcóatl, nos lleva a contemplar una perspectiva que dista mucho de lo tradicional, enseñada y aprendida en los primeros años escolares. Su lectura --arresaca de las obras en sí, de la lectura consecuente con el lenguaje en el que fueron originalmente expresadas. Como producto de esa aproximación, aparece una figura de la

que irradia un sistema de pensamiento cuya meta es la búsqueda del perfeccionamiento interior. Se trata simbólicamente, del hombre que puede llegar a ser dios al través del proceso de desarrollar al máximo, lo humano en toda su dimensión, resolviendo sus contradicciones internas, encarando sus pasiones destructivas y regresivas y llegando a transformar al mundo y a sí mismo, concretizando lo que va creando, a la vez que asumiéndose como fuente de su poder de acción voluntaria. Llega al punto de ser él quien maneja, domina y es responsable del lapso de vida de sus creaciones, no esperando su destrucción como efecto del paso del tiempo, sino es él quien marca el momento de su destrucción y renovación. De aquí que en Teotihuacán - Ciudad de los Dioses - se encuentre estrato sobre estrato de obras humanas, que han sido destruidas, para iniciar una nueva etapa de construcción y creación, y así sucesivamente. (8)

De tal actitud se puede deducir que la meta no es la obra creada en sí, sino el acto mismo de crear. No parece remoto aceptar que dentro de esta óptica, se ven excluidas la adoración de las obras y las actitudes y gestos idolátricos.

¿Cómo entonces, compaginar esto, con la caracterización idolátrica que pesa sobre lo emerindio?

La distorsión puede explicarse dentro del contexto subrayado en páginas anteriores, por la necesidad de situar al otro dentro de los confines a que la diferencia con el otro, obliga. La idolatría del conquistador tendría necesariamente que haberse proyectado sobre todo aquello a lo que se enfrentó en las áreas religioso, filosóficas y morales.

La sistematización de pensamientos, emociones, enfoques y -- visiones íntimas que configuran la Filosofía de una cultura, debe haber despertado respuestas intensas a aquellos que no permitían modelo pensante que no fuera precisamente el suyo.

No podemos olvidar que la llegada del conquistador corresponde a un momento en que la hegemonía política azteca prevalecía. (Habría que hacer uso de una cita del Padre Angel - María Garibay que dice: "los españoles, aunque haga ya decenios, confunden lo azteca con lo náhuatl.") En esa etapa, las consideraciones sobre las bases y raíces religiosas y filosóficas profundas seguramente hubieron de ser opacadas por esta situación, pero de ninguna manera esos eventos pueden comprobar la ausencia del modelo de pensamiento existente a lo largo de siglos expresados en lengua náhuatl, como tampoco su desarrollo, por el hecho de estar empañado por el anhelo de control de -- ese particular momento azteca. No sería legítimo negar la cultura europea o a la civilización estadounidense por Dien Bien Phu o por Vietnam. Tales afirmaciones serían fragmentarias y estarían suspendidas en el aire, sin fundamentación alguna.

La representación simbólica de Quetzalcóatl, es la polaridad ave-reptil, serpiente emplumada, y significa la polaridad espíritu-materia. Dado que esta contradicción solamente existe en el ser humano, se manifiesta en tanto eje simbólico de la cultura, la importancia que tiene el hombre en la misma, hecho que confirma la existencia de ese calendario de lo humano, que

de antiguo fué tildado de adivinatorio y tachado de mágico, ambos términos utilizados en su sentido más peyorativo dentro -- de un significado de superstición y superchería.

No puede escaparse a nuestra atención actual, que el - rigor matemático implicado en tal construcción calendárica animada por la importancia de lograr la conjunción hombre - naturaleza, habla de una concepción que con expresión numérica; denota un desarrollo pensante que enfatiza la edificación de un sistema filosófico; y el valor de cada Filosofía radica en su propia construcción en tanto revele su riqueza en función del terreno y de los medios que utiliza en su expresión.

Los vestigios de los monumentos, las construcciones rescatadas, las manifestaciones de creación artística: cerámica, escultura, pintura, poesía; los avances y el desarrollo del pensamiento abstracto matemático conducente a los cálculos exactos de fenómenos astronómicos, han sido deplorablemente ignorados a pesar de ser , sin duda, excelentes nutrientes de la raíz - amerindia del mestizo.

Es cierto que en el momento de la Conquista no se enfrenta el nahua con el europeo, sino particularmente el azteca con el español. Pero creemos justo y pertinente señalar que el azteca es parte de la cultura náhuatl como el español lo es de la cultura europea. Ninguna de las dos podría considerarse desligada de sus propias raíces ni de su historia. Sus manifestaciones peculiares no invalidan el contexto más amplio en que se encuentran insertadas. Así como la España del siglo XVI se vincula íntima y profundamente con lo europeo, así la cultura azteca lo estuvo con la cultura náhuatl.

Uno de los problemas a vencer dentro de la enajenación que hacemos de esa parte de nuestra identidad, es el de resolver la

visible contradicción entre lo que hemos expuesto como fuente nutricia rica, conjugada en un pasado histórico y la presencia cotidiana del deterioro y degradación de un pueblo cuyos habitantes, refiriéndonos a los llamados pueblos o comunidades indígenas, se muestran solamente como el producto de un sometimiento brutal que les ha arrebatado casi hasta los límites de lo posible, su identidad humana y su derecho a la vida. Parecería que se repitiera, de manera interminable, pero ahora por parte de la comunidad mestiza - la actual - el antiguo proceso de explotación y destrucción que fué iniciado en las primeras etapas de la Conquista y consumado en todo su refinamiento, durante la Colonia.

Si se lograra rescatar la dignidad y la credibilidad de esa porción de nuestro pasado, seguramente el resultado de esa suma que implica lo mestizo, sería otro.

El pretender ser portador de una identidad europea está por definición y en sus bases, definitivamente excluido. Lo mismo sucedería si existiera la intención o pretensión de ser amerindio. Somos el producto de ambas raíces y solamente en la reconciliación al través del encuentro con ellas podríamos construir un esqueleto sólido que no se agriete.

La dificultad se ha enfatizado mucho más con respecto a situarnos frente al terreno de asumir la porción denigrada y devaluada en vista de lo cual hemos retrocedido mucho más la importancia de los aspectos tocantes a lo amerindio, que por lo demás, es el resquicio por el cual podría romperse la cade-

na colonizadora que forja el pensamiento que conduce a la negación y al repudio de una parte de la mismidad. Esta ruptura, no espontánea, tiene el objetivo claro de establecer la duda profunda y tal vez la certeza, de la inferioridad de los pueblos que han sido colonizados. El negarnos la posibilidad de nuestro autoconocimiento, el individual y el social, está al servicio del debilitamiento, si no de la cancelación, de la adquisición de una identidad robusta y vigorosa, a más de negarnos la lucha por dejar de ser Colonia.

El proceso psicoanalítico pretende como meta, el conocimiento profundo de la psique con el fin de que una vez liberado el individuo de identidades sintéticas y de pasiones irracionales, se encuentre en condiciones de asumir la identidad real, la verdadera, la genuina, para integrarse a sí mismo de modo armónico. Esto significa un proceso de desenajenación que sólo sería susceptible de darse, individual y colectivamente, por medio del conocimiento de la realidad - la presente y la pasada - que permita acceder a las verdaderas posibilidades objetivas y concretas que individual y colectivamente, pueda asumir el hombre en un momento determinado.

Los procesos y luchas descolonizadores han hecho acto de presencia en el mundo actual, constituyéndose en el problema político más patente del siglo, de manera constante y evidente. Cada Pueblo parece cobrar conciencia de su derecho a ser dueño de sí mismo, de su autonomía, de sus fuentes nutricias propias y de su riqueza humana y material. Se encuentra ya iniciada la etapa histórica en la que se busquen en su interior las respuestas que concuerden y sean compatibles con sus intereses. Es

decir, buscan respuestas congruentes con lo que verdaderamente son. Han iniciado el desplazamiento del poder de decisión de las manos ajenas, a las propias. Van integrando sus identidades nacionales, y en el proceso, han tenido que recuperar su Historia.

Ha existido una corriente tendiente a limitar la Historia dentro de un encuadre que sujete los procesos antiguos a categorías económicas que a su vez pretenden exponer el atraso en el área de la Economía y calificar el pasado como menor, en tanto sus modelos económicos corresponden a modos de producción elementales, no desarrollados. Esta posición recuerda, guardando las proporciones y categorías correspondientes, la explicación ideológica-religiosa que justificó ética y moralmente, el proceso de la Conquista y la Colonia.

Se ha desvirtuado la búsqueda de las raíces culturales, pretextando que serían poco útiles, si no es que francamente negativas para los procesos de cambio estructural que las revoluciones nacionales intentan. Sin embargo, ya se escuchan, cada vez con mayor claridad, voces de dirigentes nacionales que han comprendido la necesidad de construir los proyectos de sus pueblos en derredor de un núcleo que les dé su perfil particular, sin por ello dejar de propugnar, en lucha abierta, por una organización social avanzada y dentro de nuevas estructuras económico sociales más justas.

A la luz de estas consideraciones resalta de manera más evidente que ciertos rasgos de la cultura náhuatl, resultan muy opetibles con las finalidades revolucionarias actuales.

Señalaremos entre ellas y como de mayor relevancia el antropocentrismo humanista y las obras hechas de manera colectiva. No podemos imaginar las obras fuera de un contexto eminentemente social y articulado al mundo natural.

ALGUNAS CONSIDERACIONES PSICODINAMICAS

La identidad según Fromm, constituye la combinación de la personalidad y el carácter. La personalidad se encuentra determinada por factores de índole biológica comprendiendo - lo relacionado con el esquema corporal, lo codificado en la fórmula genética, lo incluido en aquello heredado y que es inmutable. En tanto íntimamente dependiente de la Biología, sitúa al ser humano frente a la necesidad de cumplir su actividad vital, de vivirla y ser armónico con la función para la cual está diseñado. Es decir, vivir plenamente las funciones biológicas que lo sitúan como parte integrante de la Naturaleza.

El carácter a su vez, es una categoría de índole social, entendiéndosele como el instrumento que se va forjando durante el proceso de crecimiento y desarrollo en tanto se entra en contacto y en relación con el mundo exterior. Será útil en este punto recordar el cómo para Fromm, la energía psíquica se organiza en los procesos de socialización y asimilación, que implican por definición procesos sociales.

Visto así y dentro de ese transcurso, se trata de una categoría dinámica que cambia de acuerdo con el momento y la situación particulares que se van viviendo. Es claro que entre

Más tiempo pasa, más se va concretizando la estructura y por lo tanto se revela como más rígido al igual que todo en el sujeto añoso.

Es fundamentalmente social porque va constituyendo el tipo de respuesta que genera el contacto con el mundo social. Su peculiaridad dinámica implica el que se le vea como susceptible de sufrir modificaciones. De no ser así difícilmente podría fundamentarse una de las metas de la terapia psicoanalítica, una vez hecho consciente el contenido psíquico inconsciente, de intentar y favorecer cambios radicales en la estructura caracterológica.

No basta el conocimiento en abstracto del descubrimiento de lo inconsciente, sino que puesto sobre la mesa puntual de la realidad consciente, el sujeto de la terapia habrá de hacer uso del conocimiento para, al través de su esfuerzo y voluntad de acción conscientes, implementar los cambios que permitan un crecimiento que devenga en menos síntomas neuróticos productos de la parálisis de la acción y en una mejor respuesta para acarar la problemática existencial.

En este sentido, no resulta suficiente hacer consciente lo inconsciente, sino se requiere de lo necesario para transformar consciente y libremente la pauta y el objetivo de la existencia.

El carácter es una categoría social, en tanto tiene relación con el mundo social inmediato que para el niño, usualmente se encuentra formado por el grupo familiar. Los primeros rasgos de carácter en el niño obedecen a la respuesta que

va teniendo en función de las demandas externas que de él se esperan. Uno a uno, cada rasgo va apareciendo, se pone a prueba y permanece o se elimina, según el grado de eficacia que consigue la respuesta. Al cabo de un lapso, el niño va siendo señalado como aquello que su respuesta caracterológica va evidenciando. Esto desemboca en una definición que lleva al sujeto a saberse ser lo que su carácter le dicta y que el mundo en él reconoce. Dentro de esta perspectiva, resulta entonces que el primer intento logrado en la construcción del carácter es señalado como la identidad del niño, sin que se ponga de manifiesto que esa supuesta identidad está en proceso y aún no se encuentra terminado y que no corresponde necesariamente a lo que realmente es o podría llegar a ser, en tanto individuo.

Ya que el carácter es mutable, susceptible de sufrir cambios de acuerdo con los sucesos particulares de la vida de la persona, se presenta una contradicción entre esa nueva etapa en la formación del carácter y la identidad falsa que ha asumido. Dicha contradicción no siempre es consciente y desafortunadamente no siempre genera síntomas neuróticos o sensaciones de ansiedad o angustia, que pueden devenir en motor que impulse al sujeto a la búsqueda de una respuesta más armónica consigo mismo, la cual facilitaría el encuentro con la identidad verdadera o genuina.

Para llegar a ese punto y para ser consecuentes con lo expresado anteriormente, es necesario conocer y aptar la estructura caracterológica, al igual que descubrir los resortes internos que han provocado la edificación de la misma. La historia personal dará mucha luz sobre los acontecimientos particulares, así como de los momentos históricos y sociales

que han ido configurando la experiencia vital individual.

E forma análoga, el carácter social, el que llamamos ampliado, a diferencia del individual, aquel que se refiere a los rasgos dominantes compartidos por la colectividad cultural (), se tendrán que estudiar historizándolos, para que en combinación con los rasgos temperamentales o biológicos de los pueblos, podamos intentar un acercamiento a la identidad nacional o colectiva.

Ha habido algunos autores interesados en la comprensión de la estructura caracterológica y de la identidad del mexicano y de lo mexicano. Desafortunadamente, la lectura del aspecto amerindio y lo analizado partiendo de la perspectiva tradicional recogida en la fuentes ya previamente mencionadas dificultan la tarea, y sus conclusiones, a nuestro juicio, se encuentren teñidas por la deformación resultante al no leer la obra de la cultura en su propia lengua, ni a la consideración de cómo esas fuentes habían ya sido trastocadas por un pensamiento y un criterio ideológico producto de los cambios obligados por la colonización. No fueron tomadas en cuenta las contradicciones entre lo referido por algunos cronistas y otros, a la vez que tampoco lo fueron las manifestadas entre lo comunicado por los cronistas y la estatura de la obra creada.

¿Por qué, nos preguntamos, no han sido tenidos en consideración estos hechos? ¿Qué mecanismos psicológicos se han puesto en juego para perpetuar esta situación? Al través de qué índole de proceso, hemos ido aceptando y repitiendo las más de las veces el énfasis sobre los aspectos considerados negativos?

Basta con una mirada no muy profunda para percibir que la autoimagen nacional suele estar matizada hacia lo reprochable, lo vergonzante. Se repiten permanentemente "clichés" que caracterizan al mexicano como flojo, inmoral, corrupto, ladino, poco confiable, incapaz, insincero y emboscado. Tales adjetivos provienen no solamente de los no mexicanos, sino como punzante crítica, por los mexicanos mismos que definen al otro y a sí mismos dentro de este prototipo de perfil. El conocimiento de la Historia de México, las más de las veces, se encuentra enraizado en los pronunciamientos escolares que repiten un mismo esquema, quizá con vocabulario diferente, pero que deja una sensación un tanto desoladora fundamentada en que aquella fusión, aquella combinación del aventurero español con el indio mexicano, recogió los rasgos más negativos de ambas vertientes y lo lleva fatalmente a ser el perdedor. Las nociones de lo aportado por la cultura europea suele reducirse, a su vez, a saber que llegó de Europa-España, el idioma y la religión, ambos buenos, pero rápidamente desvirtuados al entrar en contacto con seres antropófagos, idólatras y poco desarrollados, cuyas manifestaciones más ambiciosas se reflejaron en el momento militarizado y de ocupación hegemónica azteca. No se suele ir más allá de esto. Lo que permanece es la imagen de una horda conquistadora con rituales de sacrificios humanos. Los resultados de esta perspectiva apuntan a una imagen de suficiente peso negativo como para descalificar y cancelar cualquier otra posibilidad. Se ha dicho todo. La atención se ve colocada frente a este escenario y lo demás

pierde su derecho a existir.

Los conceptos usuales sobre los autóctonos se aprecian claramente en las enseñanzas oficiales. Las figuras representativas habituales de lo prehispánico son: Moctezuma II, - Cusuhútmoc y la Malinche. Todas ellas devaluadas con tanto - sometidas y / o prostituidas.

Se ha pretendido establecer una correspondencia entre la Malinche- Madre y Cortés- Padre, para explicar lo que - ocurre psicodinámicamente como resultado del producto mestizo del encuentro de estas dos culturas. A nuestro juicio, tal óptica reduce la cuestión de una manera simplificada y mecánica. Sobre todo al concluir que la Madre- Malinche concentra todo lo que lo amerindio representa y por consiguiente, en el otro polo suponer que Cortés es el padre y portador total de - lo que lo europeo implica.

No es un pueblo mestizo el producto limitado dentro de estos dos parámetros, sino que es mucho más. No es razonable aceptar encarnado en dos sujetos insertados en un momento particular, el contacto polidimensional y polisemántico que significa un encuentro de tal envergadura.

Al hacerse así, nos quedaríamos con la certeza de que lo negativo proviene del perdedor, del anulado, que en el camino se prostituye, triciona y se pone incondicionalmente al - servicio y a la sombra del ganador. Toda la herencia proveniente de esa rama, se encontraría contaminada, tal vez de - por vida.

Desde la perspectiva clínica psicoanalítica, nos es frecuente encontrarnos con una construcción similar. El niño que

se ha sometido a la autoridad y los dictados de las estructuras caracterológicas de los padres, se vive infantilizado, separado de sus potencialidades reales de desarrollo individual, - en tanto se sabe un repetidor del modelo en que se ha visto troquelado. Queremos enfatizar que el papel de troqueladores no solamente se presenta en las figuras de los padres, sino se prolonga eficazmente en las de los maestros quienes frecuentemente se revelan los más fieles reproductores del modelo, dentro del primer entorno social ampliada del niño.

La expansión del espacio social del niño, lo saca de su experiencia limitada a los confines de la familia, viéndose en un mundo que continúa y extiende los esquemas de la familia, pero con características propias y peculiares. El chico se ve obligado a ajustarse en mayor o menor grado, a las necesidades instauradas por la organización escolar y sus instrumentos: los maestros.

La estructura autoritaria de la organización escolar contemporánea continúa la labor de moldear dentro de normas más rígidas y sin el concurso de las expresiones de afecto que se pueden encontrar en la casa. Allí nuevamente se presentan los valores de la obediencia y el sometimiento. Quien no cumple es sujeto a castigos y nuevamente se hace presente la culpa. Quien no se conforma es culpable de romper el orden establecido y - vive internamente la estimulación de las sensaciones culposas antiguas de no ser merecedor de afecto, aceptación y aprecio, - tanto de los maestros-autoridad, como de los pares-compañeros, al ser señalado como diferente o problemático. Indudablemente se contruye una suerte de meritocracia, en la cual los méri-

tos son aquellos que beneficien el orden de las cosas, sin contemplar la posibilidad de la crítica por fuera de las fronteras establecidas por el mundo de lo pedagógico-académico.

Difícilmente puede el sujeto seguir un camino diferente que lo pudiera librar del patrón. A la vez, ha podido observar, en mayor o menor grado, y con mayor o menor juicio crítico, que los padres y maestros se comportan como perdedores frente a la vida. Tal vez puedan ser ganadores en el terreno del triunfo económico, pero después de haber concedido los valores que fortalecen el centro de su integridad.

Han debido someterse a las reglas del poder establecido y por paradójico que parezca, han devenido en aún mayores perdedores. Sus referencias se encuentran situadas por fuera de ellos mismos y suelen ser cambiantes e inconsistentes, de acuerdo con las necesidades del sistema. Se muestran oportunistas y arribistas y la única meta y objetivo de su vida es el quedar bien frente al poder de la índole que sea.

La estructura caracterológica se presenta configurando un esquema sado-masoquista que los muestra como fuertes y poderosos, arrogantes y autoritarios, frente al más debilitado y someramente serviles ante el poderoso, cualquiera más poderoso.

En este contexto, clínicamente se presenta un individuo que carece de seguridad tanto en sí mismo cuanto en sus referencias externas. Esa inseguridad da pie a dudas profundas sobre su potencia y energía vitales, desmedradas desde el principio y carente de fe y esperanza frente a un mundo en el cual la estabilidad es endeble. Les resulta sumamente difícil en-

contrar algo valioso tanto en ellos mismos, como en la realidad externa.

Frente a este panorama se inicia clínicamente, la lucha por el rescate, con prioridad de los instrumentos que permitan una visión más objetiva de sus propios recursos, a la vez que la implementación de los mismos.

Culturalmente, la posible figura del rescate se ha intentado al través de Cuauhtémoc, quien de todas maneras es visto como aniquilado fatalmente. Fatalidad ilustrada de modo contundente en la traducción naturalista que se hace hasta de su nombre: Aguila que cae! Cae fulminada a pesar de ser águila, sin posibilidad de renacer, a diferencia del simbolismo que se refiere al sol que se pone, cae, para salir brillando al día siguiente. Una ojeada a esa figura dentro de esta nueva óptica, definitivamente proyecta una imagen que contradice directamente la conclusión sobresimplificada que resulta de la reducción de lo simbólico a lo naturalista. Sin embargo, el emblema de Cuauhtémoc ha quedado firmemente emplazado como la última posibilidad digna y quita fuerte, pero que se ha visto incapaz, incompetente e impotente para legar a la Historia más que su derrota.

Su derrota se sigue implementando cotidianamente, en tanto se le sitúa como una especie de héroe frustrado y cuya condición resulta vergonzante. No es, ciertamente, la imagen de su heroísmo y su resistencia la que prevalece, ni sus esfuerzos militares y políticos, sino su tortura, humillación y aniquilación. Síntesis de frustración e impotencia parece permanecer

vivo en tanto emoción repetida y reconocida hasta nuestros días. La raza de bronce y no de oro. Lo que pudo haber sido y no fué. Poco valen la pena por perseverancia, el esfuerzo o el compromiso, si ya fatalmente se lleva el sino de esa frustración e impotencia, en suma, la derrota.

En el terreno psicológico se presenta el conflicto de inmediato. Frente a la vertiente amerindia, surge una formación reactiva defensiva emplazada en contra de ser o parecerse a aquello que ha quedado definido, con las cargas y sesgos correspondientes, por el vencedor. Pero, resulta que lo genético se suma, independientemente de la negación, de modo neto y preciso. Esos aspectos biológicos son visibles con facilidad de manera que la negación se ve confrontada puntualmente con el esquema corporal o físico que racialmente marca una diferencia que cae en el ámbito de lo repudiado.

Mientras tanto por la otra vertiente, la de lo español-europeo, se hace una introyección o interiorización de la imagen que sí se acepta pero frente a la que no se puede cumplir, ni satisfacer. Se pone en juego un mecanismo de racionalización o intelectualización, para labrar una explicación que obliga a conceptos forzados que se ajusten a razonamientos aparentemente racionales, con el fin de lograr sustentar la semejanza con aquel. Tal semejanza, sobretudo en la apariencia externa se implementa por medio de la adquisición, al través de la copia, de los atributos físicos y culturales de la figura introyectada o interiorizada. Se efectúa un -

esfuerzo importante por imitar lo más fidedignamente posible a tal figura.

No nos resulta aceptable que se pueda llegar a ser uno mismo al través de intentar asumir una identidad sintética aprobada en el marco de un modelo de pensamiento colonizado. Esa identidad, además de menoscabada, en definitiva, es enajenada. Se ha enajenado la identidad mestiza, la mixta, incurriéndose en una doble negación. Por un lado, de manera directa, se niegan los signos amerindios y por el otro, se niega la imposibilidad de ser europeo.

En la práctica clínica psicoanalítica resulta frecuente el encuentro con un cuadro similar, en el cual el individuo, desde su niñez, va adoptando los mnerismo y esterotipos de los padres, quienes acostumbran ver con alegría y simpatía el reflejo de sí mismos en las personas de los hijos. Conciante o inconscientemente, favorecen por medio del reconocimiento explícito, la duplicación de ellos mismos, aunque generalmente ses a expensas de la verdadera expresión espontánea del hijo.

No es raro que uno de los padres se suponga la imagen emulable y ejemplar a diferencia del otro, de modo que el hijo niegue y cancele los parecidos físicos o temperamentales propios del progenitor señalado como desfavorable.

En realidad se edifica una situación bélica en la cual los poderes en pugna corresponden a padre y madre y el terreno de la batalla, así como el arma guerrera se configuran por él o los hijos.

Las expectativas de los padres concernientes a los hijos

se van transformando en las expectativas y proyectos que el hijo tiene de y para consigo mismo. El no cumplir con esas esperanzas alimenta el sentimiento de culpas generado por no poder ser tal y como ellos lo desean. En éste caso la autotraición parece ser menos generadora de culpa que la hétérotraición. Solamente los individuos más abocados al rescate de su propia identidad, lo más alertas en cuanto a su grado de enajenación, logran invertir ese orden y consecuentemente perseguir la respuesta verdaderamente propia. Bien sabido es que en la medida en que se parezca y ajuste a las medidas del esquema, más cercano se está de la aceptación y el reconocimiento, y a la inversa, el alejamiento, el tomar distancia, significa el repudio y la marginación.

El repudio de los padres en esta dinámica bélica, coloca al hijo en la disyuntiva de tener que optar por uno u otro, quedando trunca su lealtad y afecto frente a alguno de los dos. Esta sensación de haber fallado - de hecho, de fallar - provoca el sentimiento de culpa que sirve los fines encadenadores omnipresentes ante la culpa.

Desgraciadamente la confusión prevaleciente con respecto al análisis sólido de la culpa, sólo suele efectuarse dentro de un proceso crítico del contenido psíquico profundo y aún así, resulta harto difícil romper con las formas establecidas dentro de las cuales el culpable siempre es el hijo, haciéndose muy aparentes y manifiestas las resistencias a indagar en el terreno más protegido por los mecanismos inconscientes de defensa de la organización psíquica.

La enajenación la comprendemos como una forma de relación de dependencia. Por ende, la enajenación de la identidad anula la energía capaz de integrar las fuerzas de crecimiento y de desarrollo de la personalidad individual y colectiva. - La abolición de las posibilidades internas para lograr el proceso integrador conduce a una dependencia de fondo, de la base misma del ser. La dependencia aparece entonces como sustrato sobre el cual se intenta armar el andamiaje de la identidad. Tal tipo de cimentación resulta de tan endeble solidez que permanentemente se mueve, sin proporcionar el anclaje necesario que permite una sensación, una certeza, de cierta seguridad.

La inseguridad de ser que toca las bases mismas, tiene su expresión al exterior en dos niveles. En el contenido psíquico inconsciente se encuentran almacenados sentimientos de frustración, resentimiento, inseguridad, temor, rencor, desconfianza y autodesprecio. Este menaje de sentimientos y emociones secuestrados de la conciencia en gran parte, no solamente tienden en dirección hacia el sujeto mismo, sino también se orientan y dirigen al otro. De aquí que estas cargas emocionales personales se supongan compartidas, en tanto proyectadas en los otros. Yo no soy sin el otro, por consiguiente, el otro es como soy. El también, al través de un mecanismo de proyección es portador de aquello que yo me sé ser y sentir, y somos idénticos en tanto compartimos esas características.

La expresión en el campo de la conciencia de este contenido inconsciente se patentiza de manera ambivalente. Por un lado se filtran de manera directa aquellos aspectos que

que resultan más fácilmente asumibles y manejables socialmente, de modo que se establezca una congruencia entre el contenido inconsciente y lo consciente, en un intento por evitar la producción de angustia. Por el otro, la evidencia de esos rasgos es negada inconscientemente ayudado por un mecanismo sobrecompensador, bajo la pretensión de resolver la imagen negativa, construyendo una nueva que encubra resarcido, la que se asoma.

La conducta más visible, la que se vuelve al exterior, es producto en la transformación en casi lo contrario. Se revela como una antítesis de la supuesta lógicamente, dadas las emociones interiorizadas. La incapacidad de encarar esta contradicción aumenta la sensación original de inseguridad y la retroalimenta en tanto se va percibiendo la respuesta como profundamente fraudulenta. No es posible la credibilidad en sí mismo, ni obviamente en los demás, si la plantilla de la mismidad tiene una base cifrada en la inseguridad y la dependencia.

La figura emergente sobrecompensada caracterizada en la imagen del "macho" parece ser la que conviene a la organización social porque cumple con dos funciones: fortalecer la inseguridad interna y expresarse al exterior dentro de patrones infantiles.

La frustración resultante de la falta de coherencia entre lo manejado conscientemente y la verdad existente en el inconsciente y dentro de la polaridad enajenación-dependencia, genera sentimientos de hostilidad, latentes y manifiestos que requieren de expresión. En efecto, acostumbran expresarse den-

tro de la dinámica del carácter autoritario o sado-masoquista, atentando contra los demás en explosiones agresivas infantilizadas o dirigiéndose a uno mismo dentro de lineamientos de autodevaluación y subordinación servil, a más de desprecio u odio a la vida, propia y ajena.

Suponemos que este tipo de carácter se articula bien con el tipo de respuesta evasiva de la conformidad automática, que deriva en la configuración del carácter social.

Para Fromm, tanto éste carácter social como su articulación con el carácter autoritario aparecen visiblemente en un punto de la Historia en que el Capitalismo, en una nueva etapa de su desarrollo, modola al tipo de persona que el sistema reclama.

Creemos que la respuesta de conformidad automática en el caso de la situación colonial, antecede la aparición del mismo en el contexto de lo ocurrido en los países colonizadores. De modo, que planteamos como hipótesis, que tanto el carácter social autoritario como el mecanismo de conformación automática, tuvieron un primer momento en los pueblos colonizados y que posteriormente, una vez libradas las luchas de Independencia frente a la Colonia, coincidió la presencia de este modelo recién asumido por la Metrópoli, derivando en una necesaria repetición del modelo en el pueblo colonizado o ex-colonia, recién, que para el momento apenas iniciaba la etapa rebasada del individualismo no conformista, que pronto se vió truncado por las nuevas necesidades del sistema capitalista.

Esto fué dejando un sustrato o plantilla que se vió reforzado por el nuevo acontecimiento histórico. Esto es, que -

sobre una plantilla como la expuesta previamente, se vuelve a presentar -sumándose -ese tipo de respuesta dentro de un contexto socio-político-histórico diferente.

La conformación automática "colonizada" alcanzó su máxima expresión en pueblos cuyo carácter social debía tener como rasgos centrales, el sometimiento, la subordinación y la -concesión del pensamiento crítico. Posteriormente - en la nueva etapa - ese tipo de sujeto tendría nuevamente que conformarse ante la nueva indicación de manera tal, que la identidad social real quedara sepultada en un nivel anterior, más profundo y más antiguo. De aquí se desprende la complejidad del fenómeno y lo intrincado de su actual expresión.

Señalamos el siguiente croquis que intenta explicar de manera esquemática el planteamiento propuesto de la dinámica expuesta:

Primero.- En la Colonia: carácter social autoritario, puesta en movimiento del mecanismo de conformidad automática : conduce a rasgos de inseguridad, violencia, hostilidad, desconfianza y enajenación.

Segundo.- Lucha de Independencia: Individualismo; Búsqueda de Identidad ^Nacionalista; Intento por encontrar caminos propios.

Tercero.- Nueva Etapa del Capitalismo: Conducente a carácter autoritario más conformidad automática.

No es que se duplique sino que en realidad parecen sumarse dos indicaciones en la misma dirección, sin que hubiera -habido tiempo suficiente para que se hubiera perdido consolidar y reforzar la Fase segunda del croquis.

79.

La suma de la primera etapa más la tercera devienen en : doble lenguaje, doble sentido, doble nivel de expresión, mayor enmascaramiento y por lo tanto menores posibilidades de expresión al exterior por ser doblemente difícil acceder a uno mismo.

Si se comprende el carácter social solamente dentro del modelo dinámico de Fromm para el hombre contemporáneo del mundo capitalista avanzado, creemos que se pierde la pista de la primera síntesis que configuró el carácter social del colonizado, que hubo de confrontarse con la segunda síntesis que apareció posteriormente, en un momento histórico diferente. Aceptar el modelo actual sin considerar el anterior conduce a la incomprensión del grado de complejidad que presupone intentar aclarar los aspectos psicodinámicos involucrados en la identidad del mexicano "nacional" actual.

No es válido ser insertados en la explicación psicodinámica referida de manera automática ya que esa óptica limitada, también tiene sus orígenes en un modelo de pensamiento colonizado que no toma en consideración lo acontecido psicodinámicamente en los grupos no metropolitanos y nuestro proceso no ha sido el de la Metrópoli, sino uno propio dentro de un esquema de desarrollo definitivamente diverso.

El esfuerzo por intentar romper el círculo que impide una salida dinámica hacia otra respuesta en la búsqueda de la identidad, sería la alteración de los sumandos considerados a lo largo de este trabajo. Esta sería, a nuestro juicio, una posibilidad racional y no enajenada, para hallar una resultante diversa.

El elemento más factible de orientarse en otra dirección lo situamos en la posibilidad de romper la cadena de pensamiento colonizado que ha deformado y degradado una parte íntima de la realidad de un pasado que no debilita, ni menoscaba, tampoco enaltece, pero necesariamente requiere de una revisión objetiva.

Encarar este problema, tanto en lo individual como en lo colectivo, concierne directamente al proceso de desenajenación, y es en ese punto que pretendemos colocar en el mismo terreno el proceso individual y el social.

El sujeto neurótico se encuentra enajenado de su mismidad. La falta de contacto con su centro psíquico autónomo e independiente, lo lleva a comportarse como un niño que necesita de referencia permanentes por fuera de él. Los pueblos colonizados se comportan de modo semejante. No se asumen como vectores de su propio proceso y han enajenado su energía, su capacidad creadora y transformadora, su riqueza humana, a un poder que se encuentra colocado fuera de ellos, estableciendo modelos de dependencia y de sometimiento.

La lucha descolonizadora se ha convertido en la máxima prioridad para todos aquellos pueblos que han sido sojuzgados y explotados secularmente. Los resortes secretos que se ocultaron vitoriosos han sido develados por la ciencia social en todas sus ramas. Tenerlos a nuestro alcance los medios que han colocado "al mundo de pie" y podremos utilizarlos para despojar del misterio y la magia, a los eventos históricos que han

sido puestos en juego para consolidar el mundo actual. A su vez, en cuanto al proceso individual, la psicología profunda se ha encargado de la comprensión del contenido psíquico inconsciente y ha mostrado los hilos que tejen el paño de la enajenación de uno mismo.

Sin individuos independientes, con un centro de seguridad, con juicio crítico e identidad propios, difícilmente puede vislumbrarse un Pueblo que gaste su lucha de libertad.

La lucha por la descolonización y la desenajenación, irrumpe en el mundo contemporáneo con carácter de urgente y necesario. Quienes han logrado consolidar las estructuras conducentes a la autonomía socio-política y económica se encuentran aún frente al problema de mayor estatura, desde nuestra perspectiva. Nos referimos a la descolonización del pensamiento, de la liberación de la mente, de las cadenas que la anclan en la maraña ideológica. Parece ser que el cambio en esa área no se resuelve automáticamente una vez finiquitadas las estructuras económicas y políticas. Se dirá quizá, que no ha transcurrido el tiempo necesario para que ese cambio fragüe. Pero éste no se da automáticamente, habrá que luchar activamente para construir un modelo de pensamiento congruente y coherente con las comunidades ya dueñas de su destino.

En el plano psicoanalítico individual, esta condición se presenta cuando el sujeto analizado se encuentra frente a los elementos propios, cuando los encara, ya despojados de la mayoría de sus incógnitas. Evidentemente no son suficientes en tanto meros hecho conocidos y re-conocidos mientras no se cons-

truya con ello y al través de la acción voluntaria conciente y consistente, una transformación con miras a nuevos modelos de respuesta frente a la vida, que escape el esquema de control paralizante creado por la neurosis y la enajenación.

La contradicción tan brutal que se nos presenta cotidianamente, entre la grandeza de un pasado y la presencia diaria de un grupo, heredero directo de ese pasado, que se ha visto reducido a la expresión de pobreza y miseria más absolutas, despojado de todo, dificulta enormemente el rescate del pasado sin la contaminación de la realidad material que viven ante nuestros ojos. Pero tal vez, y aunque parezca contradictorio, el hecho mismo de la sobrevivencia en tales condiciones, exprese la medida de la fuerza que el pasado inyecta en sus venas. Es ese pasado, el que indudablemente les ha permitido sobrevivir aferrados desesperadamente a la tradición que les otorga una continuidad cultural milenaria, que no ha sido a pesar de los 400 años de violencia aniquiladora, aplastado y herido de muerte. Esas venas también, en tanto culturalmente presentes, nos tocan y forman parte de los mestizos.

El Psicoanálisis como instrumento que tiene como campo de acción los contenidos psíquicos individuales y sociales; tiene como imperativo científico, antiideológico, con objetivos antienajenantes, ir más allá de lo aparente, llegar a la raíz de las cosas, así como colocar el sentido último de las investigaciones parciales de las estructuras psíquicas y de su dinámica a una consideración global y totalizante. De

no ser así, sin que se articulen cada uno de sus aspectos nos encontraremos ante una fragmentación que poco aporta. Le suma aritmética de los fragmentos no conduce a la comprensión de esa totalidad y menos aún si no son colocados dentro de un pensamiento más abierto al examen crítico y a la percepción desde otros ángulos.

Creemos que abordar los problemas planteados en este trabajo requiere de nuevas ópticas ya que las utilizadas hasta el momento no han sido suficientemente eficaces para responder integralmente al problema de la identidad del Mexicano, ni del cómo esta se ha ido revelando en su proceso de desarrollo.

Ya Freud insistió en la liga de unión entre la Arqueología y el Psicoanálisis en cuanto a la meta de ambos de intentar el descubrimiento de la verdad oculta bajo fragmentos, sean de barro o de restos psíquicos. A través de este acercamiento a la verdad se encuentra el camino de la libertad, su negación u ocultamiento, a su aplastamiento.

- (1) Enciclopedia de la Ciencias Filosóficas III. Citado por Xirsu en Introducción a la Historia de la Filosofía. Pp. 301 y por Joad en Guide to Philosophy, Dover Edition, 1959.
- (2) Hegel, G.W.F. Fenomenología del Espíritu.
- (3) Marx, Karl. Early Writings. Edited by Bottomore, Mc Graw Hill, 1964.
- (4) Erikson, Erik H. Childhood and Society. Norton and Co. Inc. 1950.
- (5) Fromm, Erich. Man for Himself. Fawcett Premier, 1947.
- (6) Idem.
- (7) Ramírez, Santiago. Infancia es Destino. Siglo XXI Editores. 1975.
- (8) Sájourné, Laurette. El Universo de Quetzalcóatl. Fondo de Cultura Económica, 1962.

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, Sigmund. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1968
- FROMM, Erich. Escape From Freedom. Holt, Rinehart and -
Winston Inc. 1941.
- Man for Himself. Fawcett Premier, 1947
- Beyond the Chains of Illusion. Simon and
Shuster, 1962
- The Sane Society. Fawcett Premier, 1955.
- Marx y su Concepto del Hombre. Breviarios
del Fondo de Cultura Económica, 1956.
- MONDOLINI-GUARDO, Ricardo. De Freud a Fromm. Giordis,
Buenos Aires. 1974.
- ERIKSON, Erik H. Ética y Psicoanálisis. Ediciones Hor-
mó, S.A. E. 1967.
- Sociedad y Adolescencia. Siglo XXI Editores
1972.
- Childhood and Society. Penguin Books, Ltd. 1963
- REICH, Wilhelm. Análisis del Carácter. Paidós, 1975.
- Materialismo Dialéctico y Psicoanálisis. -
Siglo XXI Editores. 1970.
- PANON, Frantz. The Wretched of the Earth. Evergreen
Editions 1966.
- Black Skin, White Masks. Grove Press 1967.
- MEMMI, Albert. Retrato del Colonizado. Ediciones de
Bolsillo, Madrid. 1971

- La Liberación del Judío. Gallimard, 1966.
- SEJOURNE, Laurette. El Universo de Quetzalcóatl. - Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Pesamiento y Religión en el México Antiguo. Fondo de Cultura Económica, 1957
- L' Astronomie de L' Ancienne Amerique. Cryptogramme d' une Conception de l' Homme.
- Comunicación Personal.
- LEON-PORTILLA, Miguel. La Filosofía Náhuatl. U.N.A.M 1966
- Culturas en Peligro. Alianza Editorial Mexicana, 1976
- ZORITA , Alonso. Breve y Sumaria Relación de los Señores de la Nueva España. García Icazbalceta, 1891.
- PAZ, Octavio. El Laberinto de la Soledad. Fondo de Cultura Económica. 1959.
- ARAMONI, Aniceto. Psicoanálisis de la Dinámica de un Pueblo. Costa Amic Editores, 1965.
- RAMIREZ, Santiago. El Mexicano. Psicología de sus Motivaciones. Monografía Psicoanalíticas 1.